

LA GRAN ESPERANZA

ELENA G. DE WHITE



Viva con la certeza de que
todo va a terminar bien

Edición internacional con
más de 36 millones
de ejemplares vendidos

LA GRAN ESPERANZA

El libro que tiene en sus manos forma parte de una gran campaña a favor de la esperanza. Tiene el objetivo de presentar una visión del futuro para cambiar el presente. Son once capítulos breves, sencillos, pero provocativos. Abordan los temas que más nos interesan, como: por qué sufrimos, la paz verdadera, la vida después de la muerte y la victoria final del amor de Dios.

Estos capítulos siguen un orden lógico, que comienza con el origen de los problemas y concluye con su solución definitiva. Sin embargo, entre esos dos extremos, cada uno de nosotros debe vivir su vida cotidiana, y es ahí donde la esperanza marca la diferencia.

La buena noticia es que hay una luz al final. Esa luz se está acercando a nosotros para iluminar nuestro camino. Reflexione en el mensaje de este pequeño libro, que presenta una gran propuesta: quien tiene esperanza tiene un gran futuro.



La gran esperanza

**Viva con la certeza de que
todo va a terminar bien**

Elena G. de White

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA

Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste

Buenos Aires, República Argentina

Título del original: *From Here to Forever*; Pacific Press Publishing Association, Nampa, ID, EE.UU. de N.A.

Dirección: Pablo M. Claverie

Traducción: Fernando Chaij

Diseño del interior: Levi Gruber, Carlos Schefer

Diseño de la tapa: Eduardo Olszewski, William de Moraes

Ilustración de tapa: Shutterstock, Stockxpert

Primera edición

MMXI – 8.300M

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Es propiedad. © 2011 ACES.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN 978-987-567-767-8

G. de White, Elena

La gran esperanza / Elena G. de White / Dirigido por Pablo M. Claverie - 1ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2011.

96 p. ; 20 x 14 cm.

Traducido por: Fernando Chaij

ISBN 978-987-567-767-8

I. Literatura piadosa. I. Pablo M. Claverie, dir. II. Fernando Chaij, trad. III. Título.
CDD 242

Se terminó de imprimir el 23 de junio de 2011 en talleres propios (Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Índice

La victoria de la esperanza	4
1 ¿Por qué existe el sufrimiento?	7
2 La paz verdadera	14
3 Vida para siempre	24
4 Falsa esperanza	34
5 Seducciones peligrosas	40
6 Nuestra única salvaguardia	47
7 En defensa de la verdad	52
8 El destino del mundo	57
9 Esperanza real	67
10 El gran rescate	77
11 La victoria del amor	87

La victoria de la esperanza

Todos acompañamos con mucha emoción el rescate de los 33 mineros que quedaron atrapados, por 69 días, a casi 700 metros de profundidad en una mina de oro y cobre, en el norte de la República de Chile.

La mina San José, en el desierto de Atacama, sufrió un derrumbe el 5 de agosto de 2010. Durante los primeros 17 días, no hubo comunicación con el exterior. Los mineros sobrevivieron con dos cucharadas de atún enlatado, un sorbo de leche y media galleta, cada 48 horas.

Recién el 22 de agosto, cuando una perforación logró llegar al lugar en donde los trabajadores estaban refugiados, apareció el mensaje de José Ojeda: “Estamos bien, en el refugio, los 33”. Entonces, la esperanza de salvación dejó de ser un espejismo y comenzó a tomar cuerpo como una posibilidad.

La confirmación de que los mineros estaban vivos, y la confianza en que los técnicos, el Gobierno y todos los involucrados en el rescate harían los mayores esfuerzos, y usarían la mejor tecnología, trajo nuevo ánimo al Campamento Esperanza, que había sido montado por las familias en la proximidades de la entrada de la mina, después del accidente.

Desde ese momento, se aceleraron los trabajos y tres planes de rescate se comenzaron a ejecutar. Había mucho por hacer; era necesario correr contra el tiempo, pero sin comprometer la seguridad. Fueron más de 33 días de trabajo

intenso y cuidadoso, hasta que el taladro rompió todas las capas de roca y los detalles finales del rescate comenzaron a ser calculados.

El Campamento Esperanza se volvía cada vez más agitado, con los familiares que acompañaban los trabajos y la llegada de periodistas de muchos países para realizar la cobertura del evento. Finalmente, después de 69 días de espera –un récord absoluto en supervivencia–, la cápsula Fénix 2 trajo a la superficie, uno a uno, a los 33 mineros, sanos y salvos.

Esas dos palabras finales –que usamos en forma habitual, sin pensar en su significado– resumen con precisión la condición de los mineros al salir de su tumba rocosa: todos tenían una excelente salud y vitalidad, además de diversas manifestaciones de una renovación espiritual, desde que recibieron las minibiblias, enviadas por la Iglesia Adventista del Séptimo Día, hasta la decisión de usar una camiseta que tenía estampada la frase: “Gracias, Señor” y el texto del Salmo 95:4. De forma más reciente, casi todos los rescatados participaron de una gira por Palestina, la que incluyó hasta un bautismo en las aguas del río Jordán.

Este hecho, todavía muy presente en la memoria de todos, es otra demostración de la importancia de la fe, de la esperanza y del amor –las tres virtudes principales del cristianismo. La fe es el brazo mediante el cual nos aferramos a la omnipotencia divina. La esperanza se fundamenta en la fe, pero también se alimenta de las evidencias de la historia y de las verdades de la Revelación, y se enfoca en el futuro. También posee muchas expectativas y deseos, mientras actúa para cambiar las realidades del presente. En este punto entra en escena el amor; la mejor motivación para actuar, para modificar la historia. Es el combustible de todas las buenas acciones.

El libro que usted tiene en sus manos es parte de una gran campaña desarrollada en los últimos años para destacar la esperanza, con el objetivo de plantear una visión del futuro que cambie el presente. Es una selección de once capítulos breves y sencillos, pero provocativos. Abordan algunos temas que nos interesan a todos, como la razón del sufrimiento, la paz verdadera, la vida después de la muerte y la victoria final del amor de Dios.

Estos siguen un orden lógico, que comienza con el origen de los problemas y termina con la solución definitiva. Pero, entre esos dos extremos, cada uno de nosotros tiene que vivir su vida cotidiana y, en este plano, la esperanza marca la gran diferencia.

Tenemos crisis en todos los frentes. Quien asume una actitud apática o miedosa se aleja de la solución. Por otro lado, quien acepta estos cuestionamientos, ejerce paciencia y se involucra en un ciclo de virtudes que incluye elementos que también se abordan en este libro: la verdad, y Dios como un guía seguro.

La buena noticia es que existe una luz al final. Esta luz se está acercando para iluminar nuestro camino. Reflexione en el mensaje de este pequeño libro y su gran propuesta. Quien tiene esperanza tiene un gran futuro.

Los editores.



¿Por qué existe el sufrimiento?

Muchos observan la obra del mal con sus desgracias y su desolación, y se preguntan cómo puede existir esto bajo la soberanía de Uno que es infinito en sabiduría, poder y amor. Los que son propensos a la duda dicen esto como una excusa para rechazar las palabras de las Sagradas Escrituras. La tradición y las falsas interpretaciones han oscurecido la enseñanza de la Biblia concerniente al carácter de Dios, la naturaleza de su gobierno y los principios que rigen la forma en que él se relaciona con el pecado.

Es imposible explicar el origen del pecado como para dar una razón de su existencia. Sin embargo, puede entenderse lo suficiente con respecto a su iniciación y su situación final como para que resulten plenamente manifiestas la justicia y la benevolencia de Dios. Dios de ninguna manera es responsable del mal; él no ha retirado arbitrariamente la gracia divina, ni ha habido deficiencia en el gobierno de Dios que diera ocasión a la rebelión. El pecado es un intruso por cuya presencia no puede darse ninguna razón. Excusarlo sería defenderlo. Si se pudiera encontrar una excusa por él, dejaría de ser pecado. El pecado es el desarrollo de un principio que está en guerra con la Ley de amor, la cual es el fundamento del gobierno divino.

Antes de la entrada del mal, había paz y gozo por todo el universo. El amor a Dios era supremo, y el amor mutuo entre los seres era imparcial. Cristo, el

Hijo unigénito de Dios, era uno con el Padre eterno en naturaleza, en carácter, en propósito; el único ser que podía entrar en todos los consejos y los propósitos de Dios. “Porque por él fueron creadas todas las cosas, en los cielos... ora sean tronos, o dominios, o principados, o poderes” (Colosenses 1:16, VM).

Siendo la Ley de amor el fundamento del gobierno de Dios, la felicidad de todos los seres creados dependía de su armonía con sus principios de justicia. Dios de ninguna manera se complace en una lealtad forzada, y a todos concede libertad de elección, con el fin de que puedan rendirle un servicio voluntario.

Pero hubo uno que escogió pervertir esta libertad. El pecado se originó con uno que, siendo el primero después de Cristo, había sido el más honrado por Dios. Antes de su caída, Lucifer era el primero de los querubines cubridores, santo e incontaminado. “Así ha dicho Jehová el Señor: Tú eras el sello, de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura... Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad... Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor”. “Pusiste tu corazón como corazón de Dios”. “Tú que decías... Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré... sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo” (Ezequiel 28:12-17, 6; Isaías 14:13, 14).

Codiciando el honor que el Padre había otorgado a su Hijo, este príncipe de los ángeles aspiró a poseer un poder que era prerrogativa de Cristo solamente ejercer. Una nota discordante ahora echó a perder la armonía celestial. La exaltación del yo despertó presentimientos de mal en la mente de aquellos para quienes la gloria de Dios era suprema. Los concilios celestiales intercedieron ante Lucifer. El Hijo de Dios presentó delante de él la bondad y la justicia del Creador, y la naturaleza sagrada de su Ley. Al apartarse de ella, Lucifer iba a deshonorar a su Hacedor y traer ruina sobre sí mismo. Pero la amonestación solamente despertó resistencia. Lucifer permitió que prevalecieran los celos contra Cristo.

El orgullo alimentó el deseo de supremacía. Los altos honores conferidos a Lucifer no despertaron un sentimiento de gratitud hacia el Creador.

Él deseaba ser igual a Dios. Pero el Hijo de Dios era el Soberano reconocido del cielo, uno en poder y autoridad con el Padre. Cristo participaba en todos los consejos de Dios, mas a Lucifer no se le permitía entrar en los propósitos divinos. “¿Por qué –preguntó este ángel poderoso– debe Cristo tener la supremacía? ¿Por qué él resulta honrado de esta manera sobre Lucifer?”

Descontento entre los ángeles – Abandonando su lugar en la presencia de Dios, Lucifer salió a difundir el descontento entre los ángeles. Actuando con un sigilo misterioso, ocultando su verdadero propósito bajo la apariencia de reverencia hacia Dios, trataba de excitar el desafecto hacia las leyes que gobernaban a los seres celestiales, diciendo que ellas imponían restricciones innecesarias. Siendo que los ángeles eran de naturaleza santa, insistía en que estos debían obedecer los dictados de su propia voluntad. Dios había obrado con injusticia al otorgarle supremo honor a Cristo. Él alegaba que no se proponía la exaltación propia sino que estaba tratando de lograr libertad para todos los habitantes del cielo, con el fin de que ellos alcanzaran una existencia superior.

Una y otra vez se le ofreció perdón a condición de arrepentimiento y sumisión.

Dios soportó por largo tiempo a Lucifer. Este no fue degradado de su posición exaltada aun cuando empezó a presentar declaraciones falsas ante los ángeles. Una y otra vez se le ofreció perdón a condición de arrepentimiento y sumisión. Se hicieron esfuerzos que solamente el amor infinito podía idear para convencerlo de su error. El descontento nunca se había conocido en el cielo. Lucifer mismo, al principio, no entendía la verdadera naturaleza de sus sentimientos. Cuando se comprobó que su insatisfacción no tenía causa, Lucifer se convenció de que los principios divinos eran justos y de que él debía reconocerlos ante todo el cielo. Si hubiera hecho esto, se habría salvado a sí mismo y a muchos ángeles. Si hubiera estado dispuesto a regresar a Dios, y hubiera estado satisfecho de ocupar el lugar que le fuera señalado, habría sido restablecido en su función. Pero el orgullo le impidió someter-

se. Sostuvo que no tenía necesidad de arrepentirse, y se empeñó totalmente en el gran conflicto contra su Hacedor.

Todas las facultades de su mente maestra se empeñaron ahora en una obra de engaño, para asegurarse la simpatía de los ángeles. Satanás afirmó que había sido juzgado erróneamente y que su libertad había sido restringida. Con engañosas interpretaciones de las palabras de Cristo, trató de usar falsedades, acusando al Hijo de Dios de que deseaba humillarlo ante los habitantes del cielo.

A todos aquellos a quienes no podía sobornar y ganar para su lado, los acusó de indiferencia a los intereses de los seres celestiales. Usó el recurso de falsear el carácter del Creador. Su método consistía en llevar la perplejidad a la mente de los ángeles con argumentos sutiles en cuanto a los propósitos de Dios. Todo lo que era sencillo lo envolvía en el misterio y, mediante una perversión astuta, arrojaba dudas sobre las más sencillas declaraciones del Todopoderoso. Su alta posición daba más fuerza a sus argumentos. Muchos fueron inducidos a unirse con él en la rebelión.

El espíritu de desafecto culminó en una rebelión abierta –

Dios, en su sabiduría, permitió que Satanás llevara adelante su obra, hasta que el espíritu de desafecto remató en la revuelta. Era necesario que sus planes se desarrollaran plenamente, para que su verdadera naturaleza pudiera ser apreciada por todos. Lucifer era grandemente amado por los seres angelicales, y su influencia sobre ellos era poderosa. El gobierno de Dios incluía no solamente a los habitantes del cielo, sino también de todos los mundos que él había creado; y Satanás pensó que si él podía llevar consigo a los ángeles en su rebelión también podía hacerlo en los otros mundos. Empleando la astucia y el fraude, su poder para engañar era muy grande. Aun los ángeles leales no podían discernir plenamente su carácter ni ver a qué cosa estaba conduciendo su obra.

Satanás había sido tan altamente honrado, y todos sus actos estaban tan envueltos en el misterio, que era difícil que los ángeles descubrieran la verdadera naturaleza de su obra. Hasta que no se desarrolla plenamente, el pecado no aparece como el mal que realmente es. Los seres celestiales no podían discernir las consecuencias de apartarse de la Ley divina. Al comienzo, Satanás

aparentó promover el honor de Dios y el bien de todos los habitantes del cielo.

En su relación con el pecado, Dios podía emplear solamente la justicia y la verdad. Satanás podía usar lo que Dios no podía: la adulación y el engaño. El verdadero carácter del usurpador debía ser entendido por todos. Debía tener tiempo para manifestarse a sí mismo mediante sus obras malvadas.

Satanás achacaba a Dios la discordia que su propia conducta había causado en el cielo. Todo el mal, declaraba él, era el resultado de la administración divina. Por lo tanto, era necesario que se evidenciaran las consecuencias de los cambios que él proponía en la Ley divina. Pero su propia obra debía condenarlo; el universo entero debía ver al engañador desenmascarado.

Aun cuando se decidió que él no podía quedar más en el cielo, la Sabiduría infinita no destruyó a Satanás. La lealtad de las criaturas de Dios debe descansar sobre la confianza en la justicia divina. Los habitantes del cielo y de los otros mundos, al no estar preparados para comprender las consecuencias del pecado, no podían entonces haber visto la justicia y la misericordia de Dios en la destrucción de Satanás. Si él hubiera sido inmediatamente eliminado de la existencia, ellos habrían servido a Dios más bien por temor que por amor. La influencia del engañador no habría sido completamente destruida; ni el espíritu de rebelión, erradicado. Por el bien del universo a través de las edades eternas, Satanás debía desarrollar más plenamente sus principios, para que sus acusaciones contra el gobierno divino pudieran ser vistas tal como son por todos los seres creados.

La rebelión de Satanás había de ser, para el universo, un testimonio de los terribles resultados del pecado. Su gobierno debía mostrar los frutos de apartarse de la autoridad divina. La historia de este terrible experimento de rebelión había de ser una salvaguardia perpetua para todas las santas inteligencias, que debía salvarlas del pecado y de su castigo.

Cuando se anunció que, junto con todos sus simpatizantes, el gran usurpador debía ser arrojado de las moradas de bendición, el dirigente rebelde abiertamente declaró su desacato a la Ley del Creador. Denunció los estatutos divinos como una restricción de la libertad y afirmó su propósito de obtener la abolición de la Ley. Libres de esta restricción, las huestes del cielo podrían entrar en un estado de existencia más exaltado.

Expulsado del cielo – Satanás y su hueste arrojaron la culpa de su rebelión sobre Cristo; declararon que si no hubieran sido reprobados nunca se habrían rebelado. Contumaces y desafiantes, y sin embargo reclamando en forma blasfema ser víctimas inocentes de un poder opresivo, el archirrebelde y sus simpatizantes fueron expulsados del cielo (ver Apocalipsis 12:7-9).

El espíritu de Satanás también inspira rebelión sobre la Tierra en los hijos de desobediencia. A semejanza de él, estos prometen a los hombres libertad por la transgresión de la ley de Dios. La reprobación del pecado todavía despierta odio. Satanás induce a los hombres a justificarse a sí mismos y a buscar la simpatía de otros en su pecado. En lugar de corregir sus errores, excitan indignación contra quien los reprueba, acusándolo de ser la causa de la dificultad.

Usando la misma falsa representación del carácter de Dios que él había practicado en el cielo, haciendo que se considere a Dios como severo y tiránico, Satanás indujo al hombre al pecado. Declaró que las restricciones de Dios son injustas y que ellas condujeron al hombre a la caída, así como lo han inducido a él mismo a su rebelión.

Al expulsar a Satanás del cielo, Dios manifestó su justicia y su honor. Pero, cuando el hombre pecó, Dios le dio evidencia de su amor cediendo a su Hijo para que muriera por la raza caída. En la Expiación se revela el carácter de Dios. El poderoso argumento de la cruz demuestra que el pecado de ninguna manera podía atribuirse al gobierno de Dios. Durante el ministerio terrenal del Salvador, el gran engañador fue desenmascarado. La atrevida blasfemia de su exigencia de que Cristo le rindiera homenaje, la malicia siempre creciente con que lo persiguió de lugar en lugar, inspirando el corazón de los sacerdotes y el del pueblo a rechazar su amor y a clamar: “¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!”, todo esto despertó el asombro y la indignación del universo. El príncipe del mal ejerció todo su poder y su astucia para destruir a Jesús. Satanás empleó a hombres como agentes suyos para llenar la vida del Salvador de sufrimiento y dolor. Los fuegos acumulados de la envidia y la malicia, del odio y la venganza, explotaron en el Calvario contra el Hijo de Dios.

Ahora la culpa de Satanás se destacó sin excusa. Había revelado sus verdaderos sentimientos. Las acusaciones mentirosas del diablo contra el carácter divino aparecieron con toda claridad. Él había acusado a Dios de buscar la exaltación de sí mismo al exigir obediencia de parte de sus criaturas, y había

declarado que mientras que el Creador exigía la abnegación de parte de los demás, él mismo no practicaba ninguna abnegación ni hacía ningún sacrificio. Ahora se veía que el Gobernante del universo había hecho el mayor sacrificio que el amor puede realizar, pues “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Corintios 5:19). Con el fin de destruir el pecado, Cristo se había humillado a sí mismo y había llegado a ser obediente hasta la muerte.

Un argumento en favor del hombre – Todo el cielo vio la justicia de Dios revelada. Lucifer había aseverado que la raza pecadora estaba más allá de toda redención. Pero la penalidad de la Ley cayó sobre aquel que era igual a Dios, y el hombre estaba libre para aceptar la justicia de Cristo y, por el arrepentimiento y la humillación, triunfar sobre el poder de Satanás.

Pero, no fue solamente para redimir al hombre por lo que Cristo vino a la tierra a morir. Él vino a demostrar a todos los mundos que la Ley de Dios es incambiable. La muerte de Cristo prueba que ella es inmutable, y demuestra que la justicia y la misericordia son el fundamento del gobierno de Dios.

Dios le dio evidencia de su amor cediendo a su Hijo para que muriera por la raza caída.

En el juicio final, se verá que no existe ninguna causa para el pecado. Cuando el Juez de toda la Tierra interroge a Satanás: “¿Por qué te has rebelado contra mí?”, el originador del pecado no podrá presentar ninguna excusa.

En el clamor que señaló la muerte del Salvador, “sonó el toque de agonia de Satanás”. El gran conflicto quedó entonces definido; la erradicación final del mal, asegurada. Cuando venga “el día ardiente como un horno... todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama” (Malaquías 4:1).

Nunca volverá a manifestarse el mal. La Ley de Dios será honrada como la ley de la libertad. Habiendo pasado por tal prueba y experiencia, la creación no se apartará nunca más de la lealtad a aquel cuyo carácter quedó manifestado como un amor insondable y una sabiduría infinita.

2

La paz verdadera

Dondequiera que los siervos de Dios predicaban

con fidelidad, se veían resultados que comprobaban su origen divino. Los pecadores sentían despertarse su conciencia. Una profunda convicción tomaba posesión de su mente y su corazón. Tenían conciencia de la justicia de Dios, y clamaban: “¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24). Al serles revelada la cruz, veían que nada sino los méritos de Cristo podía expiar sus transgresiones. Por medio de la sangre de Jesús, ellos lograban el perdón de “los pecados pasados” (Romanos 3:25).

Los que creían y eran bautizados iniciaban una vida nueva, por la fe en el Hijo de Dios, para seguir en sus pisadas, para reflejar su carácter y para purificarse a sí mismos como él es puro. Las cosas que una vez odiaban ahora las amaban, y las cosas que una vez amaban ahora las odiaban. El orgulloso se hacía humilde, los vanidosos y arrogantes se convertían en serios y discretos. Los borrachos se hacían sobrios; y los corrompidos, puros. Los cristianos no buscaban el adorno “exterior del rizado de los cabellos, del ataviarse con joyas de oro y el de la compostura de los vestidos, sino el oculto en el corazón, que consiste en la incorrupción de un espíritu manso y tranquilo; ésa es la hermosura en la presencia de Dios” (1 S. Pedro 3:3, 4, versión Nácar-Colunga).

Los reavivamientos se caracterizaban por solemnes llamamientos di-

rigidos a los pecadores. Los frutos se veían en personas que no rehuían la abnegación sino que se regocijaban en ser tenidas por dignas de sufrir por causa de Cristo. Los hombres contemplaban una transformación en los que profesaban el nombre de Jesús. Tales eran los resultados que en las épocas pasadas se manifestaban en los despertares religiosos.

Pero muchos reavivamientos de los tiempos modernos representan un señalado contraste con aquellas manifestaciones. Es cierto que muchos profesan haberse convertido, y hay grandes aumentos en el número de miembros de iglesia. Sin embargo los resultados no son tales que justifiquen la creencia de que se haya producido un aumento correspondiente de la verdadera vida espiritual. La luz que brilla por un tiempo pronto se apaga.

Los reavivamientos populares demasiado a menudo excitan las emociones, y satisfacen el amor por lo que es nuevo y extraordinario. Pero los nuevos conversos poseen poco deseo de escuchar la verdad de la Biblia. A menos que un servicio religioso tenga algo de sensacional, no presenta atracción para ellos.

Para toda alma verdaderamente convertida, la relación con Dios y con las cosas eternas será su mayor interés en la vida. ¿Dónde está en las iglesias populares el espíritu de consagración a Dios? Los conversos no renuncian al orgullo ni al amor al mundo. No están más dispuestos a negarse a sí mismos y a seguir al manso y humilde Jesús que antes de su conversión. La piedad casi ha desaparecido de muchas de las iglesias.

Mas, a pesar de la amplia decadencia de la fe, hay verdaderos seguidores de Cristo en estas iglesias. Antes de que caigan los juicios finales de Dios, habrá dentro del pueblo cristiano un reavivamiento de la piedad primitiva como no ha sido presenciado desde los tiempos apostólicos. El Espíritu de Dios será derramado. Muchos se separarán de las iglesias en las cuales el amor al mundo ha suplantado el amor a Dios y a su Palabra. Muchos dirigidos y muchos creyentes aceptarán con alegría las grandes verdades que preparan a un pueblo para la segunda venida del Señor.

El enemigo de las almas desea impedir esta obra y, antes de que llegue el tiempo para que se produzca este movimiento, él tratará de impedirlo introduciendo una falsificación. En las iglesias que él pueda poner bajo su control, hará parecer que la bendición de Dios se está derramando. Multitudes

se alegrarán de que Dios está obrando maravillosamente, cuando en realidad la obra será realizada por otro espíritu. Bajo un manto religioso, Satanás tratará de extender su influencia sobre el mundo cristiano. Hay una excitación emocional, una mezcla de lo verdadero y lo falso, apta para engañar.

Sin embargo, a la luz de la Palabra de Dios, no es difícil determinar la naturaleza de estos movimientos. Dondequiera que los hombres descuiden el testimonio de la Biblia, y se aparten de las verdades claras –que son una prueba para el alma, ya que requieren abnegación y renuncia al mundo–, podemos estar seguros de que la bendición de Dios no es concedida. Y, usando la regla de que “por sus frutos los conoceréis” (S. Mateo 7:16), es evidente que estos movimientos no son la obra del Espíritu de Dios.

Las verdades de la Palabra de Dios son el escudo contra los engaños de Satanás. El descuido de estas verdades ha abierto la puerta a los males ahora tan extendidos por todo el mundo. La importancia de la ley de Dios se ha perdido de vista en gran medida. Una falsa concepción de la ley divina ha conducido a errores con respecto a la conversión y la santificación, rebajando la norma de piedad. Aquí es donde ha de hallarse el secreto de la falta del Espíritu de Dios en los reavivamientos de nuestro tiempo.

La ley de libertad – Muchos maestros religiosos aseguran que Cristo, por su muerte, abolió la Ley. Algunos la presentan como un yugo pesado y, en contraste con la “esclavitud” de la Ley, presentan la “libertad” que ha de gozarse bajo el evangelio.

Pero los profetas y los apóstoles no consideraron de esta manera la santa ley de Dios. Dijo David: “Andaré en libertad, porque busqué tus mandamientos” (Salmo 119:45). El apóstol Santiago se refiere al Decálogo como “la perfecta ley, la de la libertad” (Santiago 1:25). El revelador de Patmos pronuncia una bendición sobre los que “guardan sus mandamientos, para que su potencia sea en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad” (Apocalipsis 22:14, RVA).

Si hubiera sido posible que la Ley fuera cambiada o anulada, Cristo no habría necesitado morir para salvar al hombre de la penalidad del pecado. El Hijo de Dios vino a engrandecer la Ley y hacerla honorable (Isaías 42:21). Él dijo: “No penséis que he venido para abrogar la ley... De cierto os

digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley” (S. Mateo 5:17, 18). Con respecto a sí mismo, declaró: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Salmo 40:8).

La ley de Dios es inmutable porque es una revelación del carácter de su Autor. Dios es amor, y su ley es amor. “El cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:10). Dijo el salmista: “Tu ley [es] la verdad”; “todos tus mandamientos son justicia” (Salmo 119:142, 172). Y San Pablo declara: “La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Romanos 7:12). Una ley semejante debe ser tan eterna como su Autor.

La obra de la conversión y la santificación consiste en reconciliar a los hombres con Dios, poniéndolos en armonía con los principios de su Ley. En el principio, el hombre estaba en perfecto acuerdo con la ley de Dios. Pero el pecado lo apartó de su Hacedor. Su corazón estaba en guerra con la ley de Dios. “Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7). Pero “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito”, para que el hombre pudiera ser reconciliado con Dios, restaurado a la armonía con su Hacedor. Este cambio es el nuevo nacimiento, sin el cual nadie “puede ver el reino de Dios” (S. Juan 3:16, 3).

La ley de Dios es inmutable porque es una revelación del carácter de su Autor.

Convicción de pecado – El primer paso en la reconciliación con Dios es estar convencido de que uno es pecador. “El pecado es infracción de la ley”. “Por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (1 S. Juan 3:4; Romanos 3:20). Con el fin de que pueda ver su culpa, el pecador debe considerar su situación frente al espejo de Dios, que muestra lo que debe ser un carácter justo y le permite a la persona ver los defectos del suyo.

La Ley revela al hombre su pecado, pero no proporciona ningún reme-

dio. Declara que la muerte es la suerte del transgresor. Solo el evangelio de Cristo puede librar al hombre de la condenación y de la contaminación del pecado. El pecador debe ejercer arrepentimiento hacia Dios, cuya Ley ha sido transgredida, y fe en Cristo, su sacrificio expiatorio. Así obtiene el perdón de “los pecados cometidos anteriormente” (Romanos 3:25, VM) y llega a ser un hijo de Dios.

¿Está él ahora libre para transgredir la Ley de Dios? Dice San Pablo: “¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley”. “Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” San Juan también declara: “Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos”. En el nuevo nacimiento, el corazón es puesto en armonía con Dios y en armonía con su Ley. Cuando este cambio ha ocurrido en el pecador, él ha pasado de muerte a vida, de la transgresión y la rebelión a la obediencia y la lealtad. La antigua vida ha terminado; la nueva vida de reconciliación, fe y amor ha comenzado. Entonces, “la justicia de la ley” se cumplirá “en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”. Y el lenguaje del alma será: “¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación” (Romanos 3:31; 6:2; 1 S. Juan 5:3; Romanos 8:4; Salmo 119:97).

Sin la Ley, los hombres no tienen verdadera convicción del pecado y no sienten ninguna necesidad de arrepentimiento. No se dan cuenta de que necesitan la sangre expiatoria de Cristo. La esperanza de la salvación es aceptada sin un cambio radical del corazón y sin una reforma de la vida. Así abundan las conversiones superficiales, y multitudes que nunca han sido unidas con Cristo se unen a la iglesia.

¿Qué es la santificación? – Teorías erróneas con respecto a la santificación también surgen del descuido o del rechazo de la Ley divina. Estas teorías, falsas en materia de doctrina y peligrosas en cuanto a los resultados prácticos, están hallando aceptación general.

San Pablo declara: “La voluntad de Dios es vuestra santificación” (1 Tesalonicenses 4:3). La Biblia enseña claramente qué es la santificación y cómo ha de conseguirse. El Salvador oró por sus discípulos: “Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (S. Juan 17:17). Y San Pablo enseña que

los creyentes han de ser santificados por el Espíritu Santo (Romanos 15:16).

¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús les dijo a sus discípulos: “Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad” (S. Juan 16:13). Y el salmista dice: “Tu ley [es] la verdad” (Salmo 119:142). Puesto que la ley de Dios es santa, justa y buena, un carácter formado por la obediencia a la Ley será santo. Cristo es el perfecto ejemplo de un carácter tal. Él dice: “He guardado los mandamientos de mi Padre”. “Hago siempre lo que le agrada” (S. Juan 15:10; 8:29). Los seguidores de Cristo han de llegar a ser semejantes a él; por la gracia de Dios, han de formar caracteres que estén de acuerdo con los principios de su santa Ley. Esta es la santificación bíblica.

Solo por medio de la fe – Esta obra puede realizarse solamente por medio de la fe en Cristo, por el poder del Espíritu Santo, que mora en el corazón. El cristiano sentirá las tentaciones del pecado, pero se mantendrá constantemente en guerra contra él. Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une con el poder divino, y la fe exclama: “Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:57).

La obra de la santificación es progresiva. Cuando en la conversión el pecador encuentra paz con Dios, la vida cristiana apenas ha comenzado. Ahora ha de extenderse hacia “la perfección”; ha de crecer “a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”. El apóstol Pablo nos dice: “Una cosa hago: Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está adelante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Hebreos 6:1; Efesios 4:13; Filipenses 3:13, 14).

Los que experimentan la santificación bíblica manifestarán humildad. Verán su propia indignidad en contraste con la perfección del Infinito. El profeta Daniel es un ejemplo de verdadera santificación. En lugar de pretender ser puro y santo, este honrado profeta se identificó a sí mismo con los que eran verdaderamente pecadores en Israel, al interceder ante Dios en favor de su pueblo (Daniel 9:15, 18, 20; 10:8, 11).

No puede haber exaltación propia ni pretensión jactanciosa en cuanto a que se está libre de pecado por parte de aquellos que caminan a la sombra de la cruz del Calvario. Ellos sienten que fue su pecado el que produjo

la agonía que quebrantó el corazón del Hijo de Dios, y este pensamiento los guiará a un espíritu de humildad. Los que viven más cerca de Jesús comprenden más claramente la debilidad y la pecaminosidad de su condición humana, y su única esperanza está en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado.

La santificación que es ahora muy popular en el mundo religioso lleva consigo un espíritu de exaltación propia y descuido de la Ley de Dios que la señala como ajena a la Biblia. Sus defensores enseñan que la santificación es una obra instantánea, por la cual, mediante la “fe solamente”, ellos logran la perfecta santidad. “Cree solamente –dicen ellos–, y la bendición es tuya”. No se espera que haya más esfuerzo de parte de quien la recibe. Al mismo tiempo, niegan la autoridad de la Ley de Dios, insistiendo en que están exentos de la obligación de guardar los mandamientos. Pero ¿es posible ser santo sin llegar a estar en armonía con los principios que expresan la naturaleza y la voluntad de Dios?

El testimonio de la Palabra de Dios está en contra de esta doctrina engañosa de una fe sin obras. No es fe lo que reclama el favor del Cielo sin cumplir con las condiciones según las cuales la misericordia ha de ser concedida. Esto es presunción (ver Santiago 2:14-24).

Nadie se engaña a sí mismo pensando que puede llegar a ser santo mientras viola voluntariamente uno de los requisitos de Dios. El pecado cometido voluntariamente silencia la voz del Espíritu y separa el alma de Dios. Aunque San Juan habla mucho del amor, no titubea en revelar el verdadero carácter de las personas que pretenden estar santificadas mientras viven transgrediendo la Ley de Dios. “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado” (1 S. Juan 2:4, 5). Aquí está la prueba de la profesión de cada hombre. Si los hombres empequeñecen y les restan importancia a los preceptos de Dios, si violan el menor de estos mandamientos y así enseñan a los hombres (S. Mateo 5:18, 19), podemos saber que su pretensión es sin fundamento.

El declarar que uno está libre de pecado es evidencia de que quien lo afirma está lejos de ser santo. No tiene un verdadero concepto de la infinita pureza y de la santidad de Dios, y de la malignidad del mal y del pecado.

Cuanto mayor sea la distancia entre Cristo y él mismo, más justo aparecerá a sus propios ojos.

La santificación bíblica – La santificación abarca el ser entero: el espíritu, el alma y el cuerpo (ver 1 Tesalonicenses 5:23). A los cristianos se les pide que presenten sus cuerpos como “sacrificio vivo, santo, agradable a Dios” (Romanos 12:1). Toda práctica que debilite las fuerzas físicas o mentales incapacita al hombre para el servicio de su Creador. Los que aman a Dios tratarán constantemente de colocar toda facultad de su ser en armonía con las leyes que promueven su capacidad para hacer la voluntad divina. Ellos no debilitarán ni contaminarán la ofrenda que presenten a su Padre celestial satisfaciendo el apetito o la pasión.

Toda gratificación pecaminosa tiende a oscurecer y a debilitar las percepciones mentales y espirituales; la Palabra o el Espíritu de Dios pueden hacer apenas una débil impresión en el corazón. “Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Corintios 7:1).

¡Cuántos cristianos profesos están debilitando su semejanza divina por la glotonería, las bebidas alcohólicas, la participación en los placeres prohibidos! Y la iglesia demasiado a menudo estimula el mal y lo fomenta, apelando a los apetitos, el amor al lucro y los placeres, para llenar su tesorería, que el amor a Cristo es demasiado débil para colmar. Si Jesús entrara en las iglesias de nuestros días y contemplara los festejos que allí se realizan en el nombre de la religión, ¿no echaría él a esos profanadores como arrojó del Templo a los cambiadores de monedas?

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados con precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo” (1 Corintios 6:19, 20). La persona cuyo cuerpo es templo del Espíritu San-

El testimonio de la Palabra de Dios está en contra de esta doctrina engañosa de una fe sin obras.

to no será esclavizada con un hábito pernicioso. Sus facultades pertenecen a Cristo. Sus posesiones son del Señor. ¿Cómo podría malgastar el capital que le ha sido confiado?

Los cristianos profesos gastan anualmente una inmensa suma en satisfacciones perniciosas. Se despoja a Dios de los diezmos y las ofrendas, mientras que ellos consumen sobre el altar de la pasión destructora más de lo que dan para aliviar a los pobres o sostener el evangelio. Si todos los que profesan a Cristo fueran verdaderamente santificados, sus medios, en lugar de ser gastados en placeres inútiles y perjudiciales, serían entregados a la tesorería del Señor. Los cristianos darían un ejemplo de temperancia y sacrificio de sí mismos. Entonces serían la luz del mundo.

“Los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida” (1 S. Juan 2:16) dominan a las multitudes. Pero los seguidores de Cristo tienen una vocación más elevada. “Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inundo”. Para los que cumplen las condiciones, la promesa de Dios es: “Yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” (2 Corintios 6:17, 18).

Cada paso dado en la fe y la obediencia coloca al alma en más estrecha relación con la Luz del mundo. Los brillantes rayos del Sol de justicia brillan sobre los siervos de Dios, y ellos han de reflejar esos rayos. Las estrellas nos dicen que hay una luz en los cielos cuya gloria las hace brillar; así también los cristianos manifiestan que hay un Dios sobre el Trono cuyo carácter vale la pena alabar e imitar. La santidad de su carácter será manifestada en sus testigos.

Por medio de los méritos de Cristo, tenemos acceso al trono del Poder infinito. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” Jesús dice: “Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” “Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré”. “Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido” (Romanos 8:32; S. Lucas 11:13; S. Juan 14:14; 16:24).

Cada uno tiene el privilegio de vivir de tal manera que Dios lo apruebe y lo bendiga. No es la voluntad de nuestro Padre celestial que estemos continuamente bajo la condenación de las tinieblas. No existe evidencia de ver-

dadera humildad en andar siempre con la cabeza gacha y el corazón lleno de pensamientos relativos al yo. Podemos ir a Jesús y ser limpiados, y estar en presencia de la Ley irreprochables y sin remordimiento.

Por medio de Jesús, los hijos caídos de Adán llegan a ser “hijos de Dios”. Él “no se avergüenza de llamarlos hermanos”. La vida cristiana debe ser una vida de fe, de victoria y de gozo en Dios. “El gozo de Jehová es vuestra fuerza”. “Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (Hebreos 2:11; Nehemías 8:10; 1 Tesalonicenses 5:16-18).

Tales son los frutos de la conversión y la santificación bíblicas; y es debido a que los grandes principios de la justicia establecidos en la Ley son considerados con indiferencia por lo que estos frutos se observan raramente. Esta es la razón por la cual se manifiesta tan poco de esa labor profunda y permanente del Espíritu que caracterizó los primeros reavivamientos.

Contemplando es como somos cambiados. Cuando se descuidan los sagrados preceptos en los cuales Dios ha abierto a los hombres la perfección y la santidad de su carácter, y la mente de las personas es atraída a las enseñanzas y las teorías humanas, el resultado ha sido una declinación de la piedad en la iglesia. Solo cuando la ley de Dios es restaurada a la posición que le corresponde puede haber un reavivamiento de la fe y la piedad primitivas entre los que profesan ser el pueblo del Señor.

3

Vida para siempre

Satanás, que incitó la rebelión en el cielo, procura que los habitantes de la Tierra se unan en su guerra contra Dios. Adán y Eva habían sido perfectamente felices obedeciendo la ley de Dios; y esto era un constante testimonio contra la declaración que Satanás había hecho en el cielo de que la ley de Dios era opresiva. Lucifer determinó provocar la caída de la pareja edénica, con el fin de poder poseer la Tierra y allí establecer su reino en oposición al Altísimo.

Adán y Eva habían sido advertidos contra este peligroso adversario, pero él actuó de una manera tenebrosa, ocultando sus propósitos. Empleando la serpiente como su médium, la cual era de un aspecto fascinante, se dirigió a Eva con estas palabras: “¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?” Eva se aventuró a dialogar con él y cayó víctima de sus trampas. “La mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Génesis 3:1-5).

Eva cedió y, por su influencia, Adán fue inducido a pecar. Ellos acepta-

ron las palabras de la serpiente; desconfiaron de su Creador y se imaginaron que este les estaba restringiendo la libertad.

Pero, finalmente, ¿cómo comprendió Adán el significado de las palabras: “En el día que comiereis de él de seguro morirás” (2:17)? ¿Fue elevado a un grado más alto de existencia? Adán se dio cuenta de que no era este el significado de la sentencia divina. Dios declaró que, como penalidad por su pecado, el hombre regresaría a ser tierra: “Polvo eres, y al polvo volverás” (3:19). Las palabras de Satanás: “Serán abiertos vuestros ojos” resultaron ser verdad solamente en el sentido de que sus ojos fueron abiertos para discernir su locura. Conocieron el mal y probaron los amargos frutos de la transgresión.

El árbol de la vida tenía el poder de perpetuar la existencia. Si Adán hubiera continuado gozando de libre acceso a este árbol, habría vivido para siempre; pero cuando pecó fue privado de llegar a él, y quedó sujeto a la muerte. La inmortalidad había sido perdida a causa de la transgresión. No habría habido ninguna esperanza para la raza caída si Dios, mediante el sacrificio de su propio Hijo, no hubiera traído la inmortalidad en sus alas. Aunque “la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”, Cristo “sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio”. Solamente por medio de Cristo puede obtenerse la inmortalidad. “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida” (Romanos 5:12; 2 Timoteo 1:10; S. Juan 3:36).

La gran mentira – El que prometió vida por la desobediencia era el gran engañador. Y la declaración de la serpiente en el Edén, “No moriréis”, fue el primer sermón que se predicó sobre la inmortalidad del alma. Sin embargo, esta declaración, aunque descansa únicamente en la autoridad de Satanás, resuena desde los púlpitos y es recibida por la mayoría del género humano con tanta prontitud como por nuestros primeros padres. A la divina sentencia: “El alma que pecare, esa morirá” (Ezequiel 18:20), se le da el sentido siguiente: El alma que pecare no morirá, sino que vivirá eternamente. Si al hombre, después de su caída, se le hubiese permitido libre acceso al árbol de la vida, el pecado se habría immortalizado. Pero ni un solo miembro de la familia de Adán tuvo permiso para participar del fruto vitalizador. Por lo tanto, no hay ningún pecador inmortal.

Después de la caída, Satanás pidió a sus ángeles que inculcaran la creencia en la inmortalidad natural del hombre. Habiendo inducido a la gente a recibir este error, habían de inducirlo a concluir que el pecador vivirá en una eterna miseria. Ahora el príncipe de las tinieblas representa a Dios como un tirano vengador, y declara que él arroja en el infierno a todos los que no le agradan y que, mientras ellos se queman en las llamas eternas, el Creador mira con satisfacción lo que les pasa. Así, el archiengañador viste con esos atributos al Benefactor de la humanidad. La crueldad es satánica. Dios es amor. Satanás es el enemigo que tienta al hombre a pecar y luego lo destruye, si puede. ¡Cuán repugnante es para el amor, la misericordia y la justicia, la doctrina de que los pecadores muertos son atormentados en un infierno que arde eternamente, y de que por los pecados de una breve vida terrenal ellos sufren tortura por todo el tiempo que Dios viva!

¿Dónde, en la Palabra de Dios, se encuentra tal enseñanza? ¿Han de ser los sentimientos humanitarios reemplazados por la crueldad del salvaje? No, tal no es la enseñanza del Libro de Dios. “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis?” (Ezequiel 33:11).

¿Se deleita Dios en presenciar torturas incesantes? ¿Se alegra él con los gemidos y los gritos de las criaturas que sufren, y a las cuales mantiene en las llamas? ¿Pueden estos horrendos sonidos ser música en los oídos del Amor infinito? ¡Oh, terrible blasfemia! La gloria de Dios no resulta exaltada al perpetuar el pecado por siglos sin fin.

La herejía del tormento eterno – La herejía del tormento eterno ha producido un gran mal. La religión de la Biblia, llena de amor y bondad, resulta oscurecida por la superstición y vestida de terror. Satanás ha pintado el carácter de Dios con colores falsos. Nuestro Creador misericordioso es temido, y aun odiado. Los conceptos aterradores acerca de Dios, que se han esparcido por el mundo a causa de la enseñanza impartida desde el púlpito, han hecho millones de escépticos y de incrédulos.

El tormento eterno es una de las falsas doctrinas, el vino de las abominaciones (Apocalipsis 14:8; 17:2) que Babilonia da a beber a todas las nacio-

nes. Ministros de Cristo aceptaron esta herejía de Roma así como recibieron la enseñanza de un falso día de reposo. Si nos apartamos de la Palabra de Dios y aceptamos falsas doctrinas porque nuestros padres las enseñaron, caemos bajo la condenación pronunciada sobre Babilonia; estamos bebiendo del vino de sus abominaciones.

Una numerosa clase de personas es inducida al error opuesto. Ellas ven que las Escrituras presentan a Dios como el ser de amor y compasión, y no pueden creer que él reducirá a sus criaturas a un infierno que arde y quema perpetuamente. Al creer que el alma es naturalmente inmortal, llegan a la conclusión de que todo el género humano será salvo. Así, el pecador puede vivir en sus placeres egoístas, desoyendo los requerimientos del Creador y, sin embargo, ser recibido en el favor de Dios. Tal doctrina, debido a que implica pensar presuntuosamente de la misericordia de Dios ignorando su justicia, agrada al corazón carnal.

La salvación universal es contraria a la Biblia

— Los que creen en la salvación universal les hacen decir a las Escrituras lo que no dicen. El profeso ministro de Cristo reitera la falsedad pronunciada por la serpiente en el Edén: “No moriréis... El día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios”. Él declara que los más viles pecadores —el asesino, el ladrón, el adúltero— entrarán después de la muerte en un estado de bendita inmortalidad. ¡Una fábula agradable, por cierto, adecuada para satisfacer al corazón carnal!

La gloria de Dios no resulta exaltada al perpetuar el pecado por siglos sin fin.

Si fuera verdad que todos los hombres pasan directamente al cielo a la hora del fallecimiento, bien podríamos desear la muerte en lugar de la vida. Muchos han sido inducidos, por esta creencia, a poner fin a su existencia. Abrumados con dificultades y chascos, parece fácil quebrar el hilo de la vida para elevarse de este modo a la bendición del mundo inmortal.

Dios ha dado en su Palabra evidencias decisivas de que castigará al trans-

gresor de su ley. ¿Es él demasiado misericordioso como para ejecutar justicia con el pecador? Contemplen la cruz del Calvario. La muerte del Hijo de Dios testifica que “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23), que toda violación de la ley de Dios debe recibir retribución. Cristo, el Ser impecable, se hizo pecado por el hombre. Llevó la culpa de la transgresión y soportó el ocultamiento del rostro de su Padre hasta que su corazón fue quebrantado y su vida depuesta, y todo esto para que los pecadores pudieran ser redimidos. Por lo tanto, toda alma que rehúsa participar de la expiación provista a un precio semejante debe llevar sobre su propia persona la culpa y el castigo de la transgresión.

Las condiciones son claras – “Al que tuviere sed, le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida”. Esta promesa se hace solamente a los que tienen sed. “El que venciére heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Apocalipsis 21:6, 7). Se especifican las condiciones para heredar todas las cosas: tenemos que vencer el pecado.

“No le irá bien al impío” (Eclesiastés 8:13). El pecador está acumulando sobre sí “ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras”: “tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo” (Romanos 2:5, 6, 9).

“Ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios”. “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”. “Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira” (Efesios 5:5; Hebreos 12:14; Apocalipsis 22:14, 15).

Dios ha transmitido a los hombres declaraciones con respecto a su carácter y su modo de proceder con el pecador. “Destruirá a todos los impíos”. “Los transgresores serán todos a una destruidos; la posteridad de los impíos será extinguida” (Salmo 145:20; 37:38). La autoridad del gobierno divino terminará la rebelión; sin embargo, la justicia retributiva será acorde con el carácter de Dios como Ser misericordioso y benévolo.

Dios no fuerza la voluntad. Él no se complace en una obediencia escl-

vizada. Desea que las criaturas de sus manos lo amen porque él merece el amor. Quiere que le obedezcan porque tienen un aprecio inteligente de su sabiduría, justicia y benevolencia.

Los principios del gobierno divino están en armonía con el precepto del Salvador: “Amad a vuestros enemigos” (S. Mateo 5:44). Dios ejecuta justicia sobre el malvado por el bien del universo y aun por el bien de aquellos que son motivo de sus juicios. Él quiere hacerlos felices, si puede. Los rodea de las manifestaciones de su amor y continúa sus ofertas de misericordia; pero ellos desprecian su amor, rechazan su ley y no reciben su misericordia. Constantemente reciben sus dones, pero deshonoran al Dador. El Señor tiene larga paciencia con la perversidad; pero a estos rebeldes, ¿los aprisionará con cadenas a su lado y los obligará a hacer su voluntad?

No están preparados para entrar en el cielo – Los que han elegido a Satanás como su dirigente no están preparados para entrar en la presencia de Dios. El orgullo, el engaño, la licencia, la crueldad se han fijado en sus caracteres. ¿Pueden ellos entrar en el cielo para morar para siempre con aquellos a quienes odiaban en la Tierra? La verdad no será nunca agradable para un mentiroso; la mansedumbre no satisfará al orgullo propio; la pureza no será aceptable para la corrupción; el amor desinteresado no resultará atractivo para el egoísta. ¿Qué gozo puede ofrecer el cielo para los que están absortos en sus intereses egoístas?

¿Podrían aquellos cuyo corazón está lleno de odio hacia Dios, un Dios de verdad y santidad, mezclarse con la multitud del cielo y unir sus cantos de alabanza con ella? Se les concedieron años de prueba y de gracia, pero ellos nunca educaron la mente para amar la pureza. Nunca aprendieron el lenguaje del cielo. Ahora es demasiado tarde.

Una vida de rebelión contra Dios los ha descalificado para el cielo. Su pureza y paz serían una tortura para ellos; la gloria de Dios sería un fuego consumidor. Anhelarían huir de ese lugar sagrado y darían la bienvenida a la destrucción, para esconderse del rostro de aquel que murió para redimirnos. El destino de los malos es fijado por su propia elección. Su exclusión del cielo es voluntaria y ha sido elegida por ellos mismos, y es a la vez un acto justo y misericordioso por parte de Dios. Como las aguas del di-

ludio, los fuegos del día final declararán el veredicto divino de que los que persistieron en la maldad son incurables. Su voluntad ha sido ejercitada en la rebelión. Cuando termine la vida, es demasiado tarde para volver los pensamientos de la transgresión a la obediencia, del odio al amor.

La paga del pecado – “La paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”. Aunque la vida es la herencia de los justos, la muerte es la recompensa de los pecadores. “La muerte segunda” es presentada en la Biblia en contraste con la vida eterna (Romanos 6:23; ver Apocalipsis 20:14).

Como consecuencia del pecado de Adán, la muerte pasó a toda la raza humana. Todos van a la tumba de la misma manera. Y, por medio del plan de salvación, todos habrán de ser rescatados de la tumba: “Ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos”. “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”. Pero queda establecida una distinción entre las dos clases de personas que serán resucitadas: “Todos los que están en los sepulcros oirán su voz [la del Hijo del Hombre]; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Hechos 24:15; 1 Corintios 15:22; S. Juan 5:28, 29).

La primera resurrección – Los que han sido “tenidos por dignos” de resucitar para la vida eterna son llamados dichosos y santos. “La segunda muerte no tiene potestad sobre éstos” (S. Lucas 20:35; Apocalipsis 20:6). Pero, los que no hayan obtenido el perdón por medio del arrepentimiento y la fe deben recibir “la paga del pecado”, el castigo “según sus obras”, y terminarán en “la muerte segunda”.

Siendo que es imposible para Dios salvar al pecador en sus pecados, él lo priva de la existencia a la cual ha perdido el derecho y de la cual se ha manifestado indigno. “De aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí... Serán como si no hubieran sido” (Salmo 37:10; Abdías 16). Se hundirán indefectiblemente en un olvido eterno e irreparable.

Y así se pondrá fin al pecado. “Destruiste al malo, borraste el nombre de ellos eternamente y para siempre. Los enemigos han perecido; han que-

dado desolados para siempre” (Salmo 9:5, 6). San Juan, el autor del Apocalipsis, escuchó una antífona universal de alabanza que no era interrumpida por ninguna disonancia. Ni un alma perdida blasfemará a Dios mientras se quema en un tormento que nunca termina. Ningún ser desgraciado en el infierno mezclará sus clamores con los cantos de los salvados.

Sobre el error de la inmortalidad natural descansa la doctrina de que los muertos son conscientes. Pero, a semejanza del tormento eterno, esta se opone a las Escrituras, a la razón y a nuestros sentimientos de humanidad.

De acuerdo con la creencia popular, los redimidos en el cielo están al tanto de todo lo que ocurre en la Tierra. Pero ¿cómo podrá haber felicidad para los muertos si están al tanto de todas las pruebas de los vivos, si los ven soportando dolores, sufrimientos, chascos y angustias en la vida? ¿Y cuán desconsoladora es la creencia de que tan pronto como se acaba el aliento de vida del cuerpo, el alma del impenitente es enviada a las llamas del infierno!

¿Qué dicen las Escrituras? Que el hombre no está consciente en la muerte; “pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos”. “Los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben... su amor y su odio y su envidia fenecieron ya; y nunca más tendrán parte en

todo lo que se hace debajo del sol”. “Porque el Seol [la tumba] no te exaltará, ni te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad”. “En la muerte no hay memoria de ti; en el Seol [la tumba], ¿quién te alabará?” (Salmo 146:4; Eclesiastés 9:5, 6; Isaías 38:18; Salmo 6:5).

San Pedro, en el Día de Pentecostés, declaró: “David... murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy”. “Porque David no subió a los cielos” (Hechos 2:29, 34). El hecho de que David permanezca en la tumba hasta la resurrección prueba que los justos no van al cielo en ocasión de la muerte.

Dijo San Pablo: “Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó;

**“Porque así como
en Adán todos
mueren, también
en Cristo todos
serán vivificados”.**

y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron” (1 Corintios 15:16-18). Si durante cuatro mil años los justos hubieran ido directamente al cielo cuando morían, ¿cómo podía San Pablo haber dicho que si no hay resurrección, “también los que durmieron en Cristo perecieron”? No habría necesidad de resurrección.

Cuando estaba por dejar a sus discípulos, Jesús no les dijo que ellos irían pronto a reunirse: “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os prepararé lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo” (S. Juan 14:2, 3). El apóstol Pablo nos dice además que “el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”. Y añade: “Por lo tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:16-18). A la venida del Señor, las cadenas de la tumba serán quebrantadas y los “muertos en Cristo” serán resucitados para vida eterna.

Todos han de ser juzgados de acuerdo con las cosas escritas en los libros y han de ser recompensados según sus obras. Este juicio no ocurre en ocasión de la muerte. “Por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia”. “¡He aquí que viene el Señor, con las huestes innumerables de sus santos ángeles, para ejecutar juicio sobre todos!” (Hechos 17:31; S. Judas 14, 15, VM).

Pero si los muertos ya están gozando de la bienaventuranza del cielo o están retorciéndose en las llamas del infierno ¿qué necesidad hay de un juicio futuro? La Palabra de Dios puede ser entendida por las mentes comunes, pero ¿qué espíritu imparcial puede encontrar sabiduría o justicia en la teoría corriente? ¿Recibirán acaso los justos el elogio: “Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor”, cuando han estado morando en la presencia de Dios por largos siglos? ¿Se sacará a los malos del lugar de tormento para hacerles oír la siguiente sentencia del Juez de toda la Tierra: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno” (S. Mateo 25:21, 41)?

La teoría de la inmortalidad del alma fue una de esas falsas doctrinas que Roma extrajo del paganismo. Lutero la clasificó entre las “fábulas mons-

truosas que forman parte del estercolero romano de las decretales”.¹ La Biblia enseña que los muertos duermen hasta la resurrección.

¡Bendito reposo para los justos cansados! El tiempo, sea largo o corto, es solamente un momento para ellos. Duermen; son despertados por la trompeta de Dios, que los llama a una gloriosa inmortalidad: “Porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles... Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Corintios 15:52-54).

Llamados de su sueño, reanudarán el curso de sus pensamientos en el preciso lugar donde estos fueron interrumpidos por la muerte. La última sensación que sintieron fue la angustia de la muerte; el último pensamiento era que estaban cayendo bajo el poder de la tumba. Cuando se levanten del sepulcro, sus primeros pensamientos de regocijo hallarán expresión en el clamor triunfal: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Corintios 15:55).

Referencia

¹ E. Petavel, *The Problem of Immortality* [El problema de la inmortalidad], p. 255.

4 Falsa esperanza

La doctrina de la inmortalidad natural, tomada primero de la filosofía pagana, e incorporada en la fe cristiana durante la época de tinieblas de la gran apostasía, ha sido colocada en lugar de la verdad de que “los muertos nada saben” (Eclesiastés 9:5). Multitudes creen que los espíritus de los muertos son los “espíritus ministradores, enviados para hacer servicio a favor de los que han de heredar la salvación” (Hebreos 1:14, VM).

La creencia de que los espíritus de los muertos regresan para ayudar a los vivos ha preparado el camino para el espiritismo moderno. Si los muertos resultan privilegiados con un conocimiento mucho mayor del que tenían anteriormente, ¿por qué no regresan a la Tierra e instruyen a los vivos? Si los espíritus de los muertos pueden acercarse a sus amigos en la Tierra, ¿por qué no se comunican con ellos? ¿Cómo pueden los que creen que el hombre es consciente después de la muerte rechazar la “luz divina” comunicada por espíritus glorificados? Aquí existe un medio considerado como sagrado, que Satanás usa para trabajar. Los ángeles caídos aparecen como mensajeros del mundo de los espíritus.

El príncipe del mal tiene poder para reproducir delante de los hombres la apariencia de amigos que han muerto. La falsificación es perfecta, lograda con exactitud maravillosa. Muchos resultan consolados con la seguri-

dad de que sus amados están gozando en el cielo. Sin sospechar el peligro que ello implica, prestan oídos a “espíritus engañadores y a doctrinas de demonios” (1 Timoteo 4:1).

Personificando a los que fueron a la tumba sin estar preparados, dicen estar felices de ocupar posiciones exaltadas en el cielo. Supuestos visitantes del mundo de los espíritus a veces transmiten advertencias que resultan correctas. Entonces, cuando ganan la confianza, presentan doctrinas que minan la fe en las Escrituras. El hecho de que declaren ciertas verdades y a veces anuncien acontecimientos futuros, les da una apariencia de confiabilidad, y sus falsas enseñanzas resultan aceptadas. La ley de Dios es anulada; y el Espíritu de gracia, despreciado. Los espíritus niegan la divinidad de Cristo y colocan al Creador al mismo nivel de ellos mismos. Aunque es verdad que a veces se ha querido hacer pasar el fraude por manifestaciones genuinas, ha habido también notables exhibiciones de poder sobrenatural, que es obra directa de los malos ángeles. Muchos creen que el espiritismo es meramente una impostura humana. Pero, cuando lleguen a verse frente a frente con manifestaciones que no puedan sino considerar como sobrenaturales, serán engañados y las aceptarán como el gran poder de Dios. Con la ayuda de Satanás, los magos de Faraón falsificaron la obra de Dios (ver Éxodo 7:10-12). San Pablo testifica que la venida del Señor ha de ser precedida por la “obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad” (2 Tesalonicenses 2:9, 10). Y San Juan declara: “Hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres, y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer” (Apocalipsis 13:13, 14). Aquí no se predicen meras imposturas. Los hombres son engañados por milagros que los agentes de Satanás hacen, no que pretenden hacer.

Satanás se dirige a los intelectuales – A las personas cultas y refinadas, el príncipe de las tinieblas les presenta el espiritismo en sus aspectos más refinados e intelectuales. Deleita la fantasía humana con escenas que cautivan, y con imágenes elocuentes de amor y caridad. Induce a los hombres a enorgullecerse tanto de su propia sabiduría que en su corazón desprecian al Eterno.

Satanás seduce a los hombres ahora como sedujo a Eva en el Edén, despertando la ambición de la exaltación propia. “Seréis como Dios –dijo él–, sabiendo el bien y el mal” (Génesis 3:5). El espiritismo enseña “que el hombre es un ser en constante progreso... que marcha hacia la divinidad”. Y de nuevo: “El juicio será justo, porque será el juicio que cada uno haga de sí mismo... El trono del tribunal está en nosotros mismos”. También declara: “Toda persona justa y perfecta es Cristo”.

Así, Satanás ha presentado la naturaleza del hombre como la única regla de juicio. Esto es progreso no hacia arriba sino hacia abajo. El hombre jamás se elevará más arriba que su propia norma de pureza o bondad. Si el yo es el ideal más elevado, nunca se alcanzará nada más exaltado. Solo la gracia de Dios tiene el poder de impulsar al hombre hacia arriba. La conducta del individuo que depende de sí mismo es necesariamente descendente.

Se dirige a los amadores del placer – A los que son indulgentes consigo mismos, a los que aman el placer, a los sensuales, el espiritismo se presenta bajo un disfraz menos sutil. En sus formas groseras, ellos encuentran lo que está de acuerdo con sus propias inclinaciones. Satanás toma nota de los pecados que todo individuo está inclinado a cometer y entonces trata de que no falten oportunidades para gratificar esa tendencia. Tienta a los hombres, mediante la intemperancia, a debilitar sus facultades físicas, mentales y morales. Destruye a miles induciéndolos a ser complacientes con la pasión, embruteciendo la naturaleza humana. Y, para completar su obra, los espíritus declaran que “el verdadero conocimiento coloca al hombre por encima de toda ley”; y que “cualquier cosa es recta”; que “Dios no condena”; y que “ningún pecado implica culpabilidad”. Cuando la gente cree que el deseo es la ley más elevada, que la libertad es licencia, que el hombre es responsable solamente ante sí mismo, ¿quién puede admirarse de que la corrupción abunde por doquiera? Multitudes aceptan con avidez enseñanzas que inducen a la licencia moral. Satanás arrastra y hace caer en su red a millares que profesan seguir a Cristo.

Pero Dios ha dado suficiente luz para descubrir la trampa. El mismo fundamento del espiritismo está en conflicto con las Escrituras. La Biblia declara que los muertos nada saben, que los pensamientos de ellos han pe-

recido; que ya no tienen parte en los gozos o en los sufrimientos de los que viven en la Tierra.

Además, Dios ha prohibido la pretendida comunicación con los espíritus de los muertos. La Biblia declara que “los espíritus”, como se ha denominado a estos visitantes de otros mundos, “son espíritus de demonios” (ver Números 25:1-3; Salmo 106:28; 1 Corintios 10:20; Apocalipsis 16:14). El tratar con ellos estaba prohibido bajo pena de muerte (ver Levítico 19:31; 20:27). Pero el espiritismo se ha abierto paso en los círculos científicos, ha invadido las iglesias y ha encontrado una favorable acogida en los cuerpos legislativos, aun en las cortes de los reyes. Este gigantesco engaño es un reavivamiento de la condenada hechicería de antaño, cubierta ahora con un nuevo disfraz.

Al presentar la idea de que los hombres más viles están en el cielo, Satanás dice al mundo: “No importa que crean o no crean en Dios o en la Biblia; vivan como quieran; el cielo es el hogar de ustedes”. La Palabra de Dios declara: “¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz!” (Isaías 5:20).

Solo la gracia de Dios tiene el poder de impulsar al hombre hacia arriba.

Se presenta la Biblia como una ficción – Los apóstoles son personificados por

espíritus mentirosos, y aparecen como contradiciendo lo que escribieron cuando estaban en la Tierra. Satanás hace creer al mundo que la Biblia es una ficción, un libro adecuado para la infancia de la raza humana, pero que ha de ser considerado como anticuado. Así arroja sombras sobre el Libro que ha de juzgarlo a él y a sus seguidores; y presenta al Salvador del mundo como un ser común. Y los que aceptan las manifestaciones del espiritismo sostienen que no hay nada milagroso en la vida de nuestro Salvador. Declaran que los milagros que ellos hacen son superiores a las obras de Cristo.

El espiritismo está actualmente asumiendo una apariencia cristiana. Pero sus enseñanzas no pueden ser negadas ni pueden esconderse. En su forma presente, es un engaño de los más peligrosos y sutiles. Ahora profesa acep-

tar a Cristo y la Biblia, pero esta es interpretada de una manera que agrada al corazón no regenerado. Habla del amor como el principal atributo de Dios, pero lo rebaja hasta llegar a constituirlo en un sentimentalismo enfermizo que hace muy poca distinción entre el bien y el mal. Las denuncias que Dios hace del pecado, los requisitos de su santa ley, se ocultan de la vista. Ciertas fábulas inducen a los hombres a rechazar la Biblia como el fundamento de su fe. Cristo es negado tan ciertamente como antes, pero el engaño pasa inadvertido.

Pocos son los que tienen un concepto adecuado del poder engañoso del espiritismo. Muchos se meten con él meramente para satisfacer su curiosidad. Sin embargo, se llenarían de horror ante el pensamiento de someterse al control de los espíritus. Pero se aventuran en terreno prohibido, y el destructor ejerce su poder sobre ellos en contra de su propia voluntad. Una vez que son inducidos a someter su mente a la dirección de Satanás, este los mantiene cautivos. Nada sino el poder de Dios, en respuesta a la oración ferviente, puede librar a estas almas.

Todos los que acarician voluntariamente un pecado conocido están invitando a las tentaciones de Satanás. Se separan a sí mismos de Dios y de la custodia de sus ángeles, y quedan sin defensa. “Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos? ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:19, 20).

Si los hombres hubieran estado dispuestos a recibir la verdad con respecto a la naturaleza del hombre y al estado de los muertos, verían en el espiritismo el poder de Satanás y los milagros mentirosos que este emplea. Pero multitudes cierran sus ojos a la luz, y Satanás teje sus trampas en derredor de ellos. “Por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos... Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira” (2 Tesalonicenses 2:10, 11).

Los que se oponen al espiritismo enfrentan a Satanás y a sus ángeles. Satanás no cederá una sola pulgada de terreno a menos que sea rechazado por mensajeros celestiales. Él puede citar las Escrituras pervirtiendo sus enseñanzas. Pero ellos, los que quieren permanecer en pie en este tiempo de peligro, deben entender por sí mismos el testimonio de las Escrituras.

Espíritus de demonios, representando a parientes o amigos, apelarán a nuestras más tiernas simpatías y obrarán milagros. Debemos resistirlos con la verdad bíblica de que los muertos nada saben, y que los que aparecen de esta manera son espíritus de demonios.

Todos aquellos cuya fe no esté fundada en la Palabra de Dios serán engañados y vencidos. Satanás “obra con todo engaño de iniquidad”, y sus engaños aumentarán. Pero, los que busquen un conocimiento de la verdad y purifiquen sus almas hallarán en el Dios de la verdad una defensa segura. El Salvador enviará prestamente a todo ángel del cielo para proteger a su pueblo antes de dejar que una sola alma que confía en él sea vencida por Satanás. Los que se consuelan a sí mismos con la seguridad de que no hay castigo para el pecador, los que renuncian a las verdades que el Cielo ha provisto como una defensa para el día de angustia, aceptarán las mentiras ofrecidas por Satanás, las engañosas pretensiones del espiritismo.

Los burladores presentarán como ridículas las declaraciones de las Escrituras concernientes al plan de salvación y a la retribución que recibirán los que rechazan la verdad. Fingen tener mucha lástima de las mentes que son tan estrechas, débiles y supersticiosas que obedecen los requisitos de la ley de Dios. Ellos han cedido tan plenamente al tentador, y están tan estrechamente unidos con él e imbuidos de su espíritu, que no tienen ninguna inclinación a deshacerse de sus trampas.

El fundamento de la obra de Satanás fue colocado cuando este dijo en el Edén: “No moriréis... El día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Génesis 3:4, 5). Satanás presentará su obra maestra de engaño al fin del tiempo. Dijo el profeta: “Y vi... tres espíritus inmundos a manera de ranas... son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso” (Apocalipsis 16:13, 14).

Excepto los que son guardados por el poder de Dios sobre la base de la fe en su Palabra, el mundo entero será arrastrado a las filas de este engaño. Los hombres se están dejando adormecer en una seguridad fatal, para ser despertados solamente por el derramamiento de la ira de Dios.

5 Seducciones peligrosas

El gran conflicto entre Cristo y Satanás pronto ha de finalizar, y el maligno redobla sus esfuerzos para hacer fracasar la obra de Cristo en favor del hombre. El mantener a las personas en la oscuridad y la impenitencia, hasta que la mediación del Salvador termine, es el objetivo que el diablo trata de obtener. Cuando prevalece la indiferencia en la iglesia, él no está preocupado. Pero, cuando las almas preguntan: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”, entonces se hace presente para oponerse con su poder a Cristo y trata de destruir la influencia del Espíritu Santo.

En una ocasión, cuando los ángeles vinieron a presentarse delante del Señor, Satanás también vino, no para reverenciar al Rey eterno, sino para hacer triunfar sus malignos designios contra los justos (ver Job 1:6). Y así también ahora está presente cuando los hombres se reúnen para realizar un culto, y trabaja con diligencia para dominar la mente de los adoradores. Cuando ve al mensajero de Dios estudiando las Escrituras, toma nota del tema que ha de ser presentado. Entonces, hace uso de toda su astucia y pericia para arreglar las cosas de tal modo que el mensaje de la vida no llegue a aquellos a quienes está engañando precisamente sobre ese punto. Los que más necesitan la amonestación serán urgidos a ocuparse en algún negocio, o entretenidos de alguna otra manera, para que no escuchen la Palabra.

Satanás ve a los siervos de Dios agobiados a causa de la oscuridad que rodea al pueblo. Él escucha sus oraciones por medio de las cuales piden gracia divina y poder para quebrantar el ensalmo de la indiferencia y la indolencia. Entonces, con renovado celo, tienta a los hombres a complacer el apetito o cualquier otra forma de sensualidad, y así adormece sus sensibilidades, de manera que dejan de escuchar precisamente las cosas que más necesitan aprender.

Satanás sabe que todos los que descuidan la oración y el estudio de las Escrituras serán vencidos por sus ataques. Por lo tanto, inventa todo método posible para ocupar su mente. Sus ayudadores, que son su mano derecha, están siempre activos cuando Dios trabaja. Ellos presentarán a los más fervientes y abnegados siervos de Cristo como engañadores. Su obra consiste en torcer los motivos de todo acto noble, hacer circular insinuaciones y levantar sospechas en la mente de los que carecen de experiencia. Pero puede verse fácilmente de quién son hijos, el ejemplo de quién siguen y las órdenes de quién realizan. “Por sus frutos los conoceréis” (S. Mateo 7:16; ver también Apocalipsis 12:10).

La verdad santifica – El gran engañador tiene muchas herejías preparadas para adecuarse a los diversos gustos de aquellos a quienes quiere arruinar. Su plan consiste en introducir en la iglesia elementos hipócritas, no regenerados, que estimularán la duda y la incredulidad. Muchos que no tienen verdadera fe en Dios aceptan solo algunos principios de verdad y pasan por cristianos, y así pueden introducir errores como si fueran doctrinas de las Escrituras. Satanás sabe que la verdad, recibida con amor, santifica el alma. Por lo tanto, trata de sustituirla por falsas teorías, fábulas y otro evangelio. Desde el comienzo, los siervos de Dios han luchado contra falsos maestros, que no son solamente hombres viciosos, sino también enseñan falsedades fatales para el alma. Elías, Jeremías, San Pablo, firmemente se opusieron a los que apartaban a los hombres de la Palabra de Dios. La liberalidad que considera una fe correcta como algo sin importancia no encontraba el favor de los santos defensores de la verdad.

Las interpretaciones vagas y fantasiosas de las Escrituras, y las teorías contradictorias que imperan en el mundo cristiano, son la obra de nuestro

gran adversario para crear confusión mental. La discordia y la división entre las iglesias se deben en gran medida a la costumbre de torcer las Escrituras para tratar de fundamentar una idea favorita.

Con el propósito de sostener doctrinas erróneas, algunos se valen de pasajes de la Biblia separados de su contexto, mencionando solamente la mitad de un versículo para probar su punto, cuando la porción restante muestra que el significado es lo opuesto. Con la astucia de la serpiente, se atrincheran detrás de declaraciones desconectadas que usan para satisfacer deseos carnales. Otros se valen de figuras y símbolos, los interpretan para acomodarlos a su fantasía, con poca consideración hacia el testimonio de la Biblia como su propio intérprete, y entonces presentan sus ideas ilusorias como enseñanza de la Biblia.

La Biblia entera es una guía – Cuando se emprende el estudio de las Escrituras sin un espíritu de oración ni disposición a aprender, los pasajes más sencillos son privados de su verdadero significado. La Biblia entera debe ser dada al pueblo tal como está.

Dios dio la segura palabra de la profecía; los ángeles y aun Cristo mismo vinieron para darles a conocer a Daniel y a San Juan las cosas que deben acontecer pronto (Apocalipsis 1:1). Los asuntos importantes que conciernen a nuestra salvación no fueron revelados de una manera tal que causaran perplejidad y desviarán a los que honradamente están buscando la verdad. La Palabra de Dios es clara para todos los que la estudian con espíritu de oración.

Bajo el clamor de liberalidad, los hombres son enceguecidos por los engaños de su adversario. Él tiene éxito en reemplazar la Biblia por especulaciones humanas; así la ley de Dios es puesta a un lado, y las iglesias se hallan bajo la esclavitud del pecado en tanto que pretenden estar libres.

Dios ha permitido que un diluvio de luz inundara el mundo en materia de descubrimientos científicos. Pero, aun las más poderosas mentes, si no son guiadas por la Palabra de Dios, se descarrían en sus intentos de investigar las relaciones que hay entre la ciencia y la Revelación.

El conocimiento humano es parcial e imperfecto; por lo tanto, muchos no pueden armonizar sus puntos de vista científicos con las Escrituras. Muchos aceptan meras teorías como hechos científicos, y piensan que

la Palabra de Dios ha de ser probada por la “falsamente llamada ciencia” (1 Timoteo 6:20). Debido a que no pueden explicar al Creador y sus obras por las leyes naturales, consideran la historia bíblica indigna de confianza. Los que dudan del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento demasiado a menudo dan un paso más, y dudan de la existencia de Dios. Al perder su ancla, chocan contra las rocas de la incredulidad.

El mantener a los hombres haciendo conjeturas con respecto a lo que Dios no ha revelado es la obra maestra de los engaños de Satanás. Lucifer estaba insatisfecho porque no le fueron revelados todos los secretos de los propósitos de Dios, y entonces desconoció lo que había sido revelado. Ahora él trata de poner en los hombres el mismo espíritu y así hacer que también rechacen los mandatos directos de Dios.

Cuanto menos espirituales se presenten las doctrinas y cuanto menos abnegación requieran, mayor es el favor con el cual serán recibidas. Satanás está listo para satisfacer el deseo del corazón, y presenta el engaño en lugar de la verdad. Es así como el Papado logró dominar a las mentes humanas. Y, al rechazar la verdad porque ella implica una cruz, los protestantes están siguiendo el mismo sendero. Todos los que procuren la conveniencia y la comodidad, para no estar en desacuerdo con el mundo, serán dejados para que reciban “herejías destructoras” como si fueran verdades (2 S. Pedro 2:1). Puede ser que alguno mire con horror algún engaño, pero recibirá prestamente otro. “Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron la verdad, sino que se complacieron en la injusticia” (2 Tesalonicenses 2:11, 12).

Errores peligrosos – Entre los agentes más engañosos del gran impostor están los milagros mentirosos del espiritismo. Cuando los hombres rechazan la verdad, caen presa de este engaño.

Otro error doctrinal es el negar la divinidad de Cristo, y pretender que él no existió antes de su advenimiento a este mundo. Esta teoría contradice las declaraciones de nuestro Salvador concernientes a su relación con el Padre y a su preexistencia. Mina la fe en la Biblia como una revelación de Dios. Si los hombres rechazan el testimonio de la Escritura concernientes a la divinidad de Cristo, es en vano argumentar con ellos; ninguna razón,

por concluyente que sea, puede convencerlos. Ninguno de los que sostienen este error puede tener una verdadera concepción de Cristo o del plan de Dios para la redención del hombre.

Otro error grave es la creencia de que Satanás no existe como un ser personal, que este nombre se usa en las Escrituras meramente para representar los malos pensamientos de los hombres y sus malos deseos.

La enseñanza de que la segunda venida de Cristo se realiza con relación a la muerte de cada individuo es un argumento que distrae las mentes de la venida personal de Jesús en las nubes del cielo. Satanás ha estado diciendo: “Mirad, está en los aposentos” (ver S. Mateo 24:23-26), y muchos se han perdido por aceptar este engaño.

Por otra parte, los hombres de ciencia pretenden que no puede haber ninguna respuesta a la oración; esto sería una violación de las leyes naturales; sería un milagro, y los milagros no existen, según ellos. El universo, dicen, está gobernado por leyes fijas, y Dios mismo no hace nada en contra de esas leyes. Así, representan a Dios como sometido a sus propias leyes, como si estas pudieran anular la libertad de Dios.

¿No obraron milagros Cristo y sus apóstoles? El mismo Salvador está tan dispuesto a escuchar la oración de fe hoy como cuando anduvo en forma visible entre los hombres. Lo natural coopera con lo sobrenatural. Forma parte del plan de Dios el concedernos, en respuesta a la oración de fe, lo que no nos daría si no lo pidiéramos así.

Rasgos sobresalientes de la Palabra – Las doctrinas erróneas enseñadas por las iglesias anulan los rasgos sobresalientes de la Palabra de Dios. Pocos se detienen con el rechazo de una sola verdad. Casi todos van descartando uno tras otro los principios de la verdad, hasta que se convierten en incrédulos.

Los errores de la teología popular han conducido a más de una persona a la incredulidad. Es imposible para ellas aceptar doctrinas que violan el sentido común de la justicia, la misericordia y la benevolencia. Y, puesto que esas doctrinas son presentadas como enseñanzas de la Biblia, esas personas rehúsan recibir ese libro como la Palabra de Dios.

Por otra parte, otros miran la Palabra de Dios con desconfianza, porque

ella reprueba y condena el pecado. Los que no están dispuestos a obedecerla se esfuerzan por derrocar su autoridad. No pocos se convierten en incrédulos para justificar el descuido del deber. Algunos, demasiado amantes de la comodidad, no quieren realizar nada que implique abnegación, y adquieren una reputación de sabiduría superior al criticar la Biblia.

Muchos creen que es una virtud aliarse con la incredulidad, el escepticismo y la duda. Pero, bajo una apariencia de candor, se hallará que existe confianza propia y orgullo. Hay quienes se deleitan en encontrar en las Escrituras algo que confunda las mentes de los demás. Algunos razonan, al principio, tomando partido con el lado erróneo por un mero amor a la controversia. Pero, habiendo expresado abiertamente su incredulidad, sienten que deben continuar manteniendo su posición. Así se unen con los impíos.

Suficientes evidencias – Dios ha dado en su Palabra evidencias suficientes de su carácter divino. Sin embargo, las mentes finitas no pueden comprender plenamente los propósitos del Infinito: “¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Romanos 11:33). Pero podemos discernir el amor ilimitado y la misericordia de Dios unidos a su infinito poder. Nuestro Padre en los cielos nos revelará tanto como nos conviene conocer; y más allá de ese punto debemos confiar en la Mano que es omnipotente, en el Corazón que está lleno de amor.

Dios nunca quitará toda excusa para la incredulidad. Los que están buscando ganchos para colgar sus dudas en ellos los encontrarán. Y, los que rechazan obedecer hasta que toda objeción haya sido quitada nunca descubrirán la luz. El corazón irregenerado está en enemistad con Dios. Pero la fe es inspirada por el Espíritu Santo y florecerá al ser acogida. Nadie puede llegar a ser fuerte en la fe sin un esfuerzo determinado. Si los hombres se permiten cavilar, hallarán que sus dudas resultarán más confirmadas.

A la vez, los que dudan y desconfían de la seguridad de su gracia deshonoran a Cristo. Son árboles improductivos que les quitan el sol a las otras plantas, y que las harán decaer y morir bajo su sombra destructora. La obra de la vida de estas personas aparecerá como un testimonio permanente en contra de ellas.

Existe solamente una línea de conducta que pueden seguir los que hon-

radamente desean verse libres de la duda. En lugar de poner en tela de juicio lo que no entienden, presten atención a la luz que ya brilla sobre ellos, y recibirán mayor luz.

Satanás puede presentar una falsificación tan cercana a la verdad que engañe a los que están dispuestos a ser engañados, a los que anhelan ahorrarse el sacrificio exigido por la verdad. Pero es imposible mantener bajo su poder a una sola alma que honradamente desea conocer la verdad a toda costa. Cristo es la verdad y la “luz verdadera, que alumbra a todo hombre” que viene “a este mundo”. “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios” (S. Juan 1:9; 7:17).

El Señor permite que su pueblo se vea sujeto a la tremenda prueba de la tentación, no porque a él le plazca verlo en problemas, sino porque esto es esencial para la victoria final de sus hijos. Dios no puede proteger a sus hijos completamente de la tentación y a la vez ser consecuente con su propia gloria, pues el objeto de la prueba es prepararlos para resistir todas las seducciones del mal. Ni los hombres malos ni los demonios pueden impedir que los hijos de Dios tengan su presencia, si estos confiesan sus pecados y se apartan de ellos, y reclaman el cumplimiento de sus promesas. Toda tentación, abierta o secreta, puede ser resistida con éxito, “no con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zacarías 4:6).

“¿Quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien?” (1 S. Pedro 3:13). Satanás sabe bien que el alma más débil que permanece en Cristo puede más que todas las huestes de las tinieblas. Por lo tanto, trata de apartar a los soldados de la cruz de su tremenda fortaleza, mientras permanece disfrazado, listo para destruir a los que se aventuran en su terreno. Podemos estar seguros solamente al confiar en Dios y al obedecer todos sus mandamientos.

Ningún hombre está seguro por un día ni por una hora sin oración. Rueguen al Señor que les conceda sabiduría para comprender su Palabra. Satanás es un experto en citar las Escrituras para dar su propia interpretación a pasajes, mediante lo cual espera hacernos tropezar. Debemos estudiar con humildad de corazón. A la vez que debemos estar constantemente en guardia contra los engaños del diablo, debemos orar con fe continuamente: “No nos dejes caer en tentación” (S. Mateo 6:13, VM).

6 Nuestra única salvaguardia

Al pueblo de Dios se le indica que busque en las Escrituras su salvaguardia contra los falsos maestros y los espíritus de las tinieblas. Satanás emplea todo medio posible para impedir que los hombres obtengan el conocimiento de la Biblia, cuyo claro lenguaje revela sus engaños. El último gran engaño se desplegará pronto ante nosotros. El Anticristo va a efectuar obras maravillosas ante nuestra vista. La falsificación se asemejará tanto a la verdad que será imposible distinguir entre las dos cosas, a no ser con la ayuda de las Escrituras.

Los que se empeñan en obedecer todos los mandamientos de Dios encontrarán oposición y tendrán que enfrentar el ridículo. Para soportar la prueba, deben entender la verdad de Dios tal como está revelada en su Palabra. Tan solo los que han fortalecido su mente con las verdades de la Biblia permanecerán de pie en el último gran conflicto. Antes de su crucifixión, el Salvador explicó a sus discípulos que él sería muerto y resucitaría. Pero las palabras fueron desterradas de la mente de los discípulos. Cuando llegó la prueba, la muerte de Jesús destruyó las esperanzas de estos tan completamente como si no les hubiera advertido de antemano. Así también, en las profecías, el futuro está abierto ante nosotros tal como fue presentado por Cristo delante de los discípulos. Los acontecimientos relacionados con

el fin del tiempo de gracia y la preparación para el tiempo de angustia han sido presentados con claridad. Pero hay miles de personas que no comprenden estas importantes verdades y el tiempo de angustia no los hallará listos.

Cuando Dios envía advertencias, exige que cada persona con uso de razón preste atención al mensaje. Los terribles juicios contra el culto a la bestia y su imagen (Apocalipsis 14:9-11) deben inducir a todos a enterarse de lo que es la marca de la bestia y cómo se impondrá. Pero, las masas del pueblo no quieren la verdad bíblica porque esta se opone a los deseos del corazón carnal. Satanás satisface las imposturas que esas masas aman.

Pero Dios tendrá un pueblo que se aferrará a la Biblia, y únicamente a la Biblia, como la norma de toda la doctrina y la base de todas las reformas. Las opiniones de los hombres sabios, las deducciones de la ciencia, las decisiones de los concilios eclesiásticos, la voz de la mayoría, ninguna de estas cosas debe ser considerada como evidencia a favor o en contra de alguna doctrina. Debemos exigir un claro “Así dice el Señor”. Satanás induce a la gente a mirar a los pastores, a los profesores de teología y a otros como su guía, en lugar de investigar las Escrituras por sí mismos. Al controlar a estos dirigentes, él puede manejar a las multitudes.

Cuando Cristo vino, el pueblo común lo escuchaba con alegría. Pero los principales de los sacerdotes y los hombres dirigentes se atrincheraron en sus prejuicios; rechazaron la evidencia de su condición de Mesías. “¿Cómo es que nuestros gobernantes y sabios escribas no creen en Jesús?”, preguntaba la gente. Tales maestros condujeron a la nación judía a rechazar al Redentor.

La exaltación de la autoridad humana – Cristo vio proféticamente la obra de exaltación de la autoridad humana para regir la conciencia, la cual ha sido una maldición terrible en todos los siglos. Sus advertencias a no seguir a los dirigentes ciegos fueron incorporadas en los registros bíblicos como una amonestación para las futuras generaciones.

La Iglesia Romana les reserva a los clérigos el derecho de interpretar la Biblia. Aunque la Reforma ofreció las Escrituras a todos, el mismo principio que Roma mantuvo impide que multitudes, hoy militantes en las iglesias protestantes, investiguen la Biblia por sí mismos. Se les instruye a aceptar las enseñanzas *tal como las interpreta la iglesia*. Millares de personas no

se atreven a recibir nada, por claro que resulte en la Biblia, que sea contrario a su credo.

Muchos están listos a encomendar sus almas al clero. Pasan casi completamente por alto las enseñanzas del Salvador. Pero ¿son infalibles los dirigentes religiosos? ¿Cómo podemos confiar en su dirección espiritual a menos que sepamos por la Palabra de Dios que ellos son los portadores de luz? La falta de valor moral conduce a muchos a seguir a los hombres, y así se atan desesperadamente al error. Ven en la Biblia la verdad para este tiempo y sienten el poder del Espíritu Santo acompañando su proclamación; sin embargo, le permiten al clero desviarlos de la luz.

Satanás se asegura a las multitudes atán-dolas con las cuerdas del afecto a los que son enemigos de la cruz de Cristo. Este vínculo puede ser el de padres, hijos, esposos o meramente un vínculo social. Las almas que están bajo su dominio no tienen el valor de obedecer sus convicciones del deber.

Muchos pretenden que no importa lo que uno crea, con tal que su vida sea recta. Pero la vida es modelada por la fe. Si la verdad está a nuestro alcance y la descuidamos, virtualmente la rechazamos, eligiendo las tinieblas antes que la luz.

La ignorancia no es excusa para el error o el pecado, cuando existen todas las oportunidades para conocer la voluntad de Dios. Un hombre que viaja llega a un lugar desde donde salen distintos caminos y donde hay postes que indican adónde conduce cada uno de ellos. Si el viajero no presta atención a las señales y toma cualquier camino que le parezca correcto, puede ser sincero, pero con toda probabilidad se hallará en algún camino equivocado.

Pero Dios tendrá un pueblo que se aferrará a la Biblia, y únicamente a la Biblia.

El primero y el más alto de los deberes – No es suficiente tener buenas intenciones, hacer lo que uno piensa que es correcto o lo que el ministro le diga que está bien. Uno debe investigar las Escrituras por sí mismo. Tiene un mapa que contiene todas las indicaciones para el viaje al cielo, y

no debe asumir ninguna suposición. El primero y el más alto de los deberes de todo ser racional es aprender de las Escrituras lo que es verdad, y entonces andar de acuerdo con el conocimiento que tiene y animar a otros a seguir su ejemplo. Hemos de formar nuestras opiniones por nosotros mismos, siendo que por nosotros mismos hemos de responder delante de Dios. Hombres instruidos, con la pretensión de tener una gran sabiduría, enseñan que las Escrituras tienen un significado secreto y espiritual que no resulta claro en el lenguaje empleado. Estos hombres son falsos maestros. El lenguaje de la Biblia debe explicarse de acuerdo con su sentido obvio, a menos que se emplee un símbolo o una figura. Si los hombres solo tomaran la Biblia tal como se lee, se realizaría una obra que traería a las filas del cristianismo a millares y millares que ahora andan en el error.

Muchos pasajes de las Escrituras –que hombres instruidos pasan por alto sin darles importancia– se hallan llenos de consuelo para el que ha sido enseñado en la escuela de Cristo. La comprensión de la verdad bíblica depende no tanto del poder del intelecto que se empeña en la investigación, como de la sencillez de propósito y el anhelo ferviente de lograr justicia.

Resultados del descuido en la oración y el estudio de la Biblia –

Nunca se debería estudiar la Biblia sin oración. El Espíritu Santo es el único que puede hacernos sentir la importancia de las cosas que son fáciles de entender, o impedir que nos equivoquemos en las verdades difíciles. Los ángeles celestiales preparan nuestro corazón para que comprendamos la Palabra de Dios. Seremos cautivados por su belleza, amonestados por sus advertencias y fortalecidos por sus promesas. Las tentaciones a menudo parecen irresistibles porque la persona probada no puede recordar rápidamente las promesas de Dios y hacer frente a Satanás con el arma de las Escrituras. Pero los ángeles se hallan junto a los que están deseosos de aprender, y ellos traerán a su recuerdo las verdades que se necesitan.

“El Espíritu Santo... os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (S. Juan 14:26). Pero las enseñanzas de Cristo deben haber sido previamente almacenadas en la mente como para que el Espíritu de Dios las refresque en nuestra memoria en tiempos de peligro.

El destino de innumerables multitudes de la Tierra está por decidirse.

Todo seguidor de Cristo debe preguntarse fervientemente: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (Hechos 9:6). Debemos buscar ahora una experiencia profunda y viviente en las cosas de Dios. No tenemos que perder un solo momento. Estamos en el terreno hechizado de Satanás. ¡No se duerman, centinelas de Dios!

Muchos se felicitan por los malos actos que no cometen. Pero no es suficiente que sean árboles en el huerto de Dios. Han de llevar frutos. De lo contrario, en los libros del cielo están anotados como una molestia en el terreno. Sin embargo, el corazón de Dios, lleno de amor paciente, todavía intercede ante las almas que no han prestado atención a la misericordia divina y han abusado de su gracia.

En el verano, no existe una diferencia notable entre los árboles de hojas perennes y los que las dejan caer; pero, cuando llegan las ráfagas del invierno, los de hojas perennes permanecen, en tanto que los demás árboles pierden su follaje. Dejen que se levante la oposición y que reine la intolerancia, dejen que se encienda la persecución, y los tibios e hipócritas cederán en su fe; pero los verdaderos cristianos permanecerán firmes, con su fe fuerte, y con su esperanza más brillante que en los días de prosperidad.

“Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto” (Jeremías 17:8).

7 En defensa de la verdad

Un llamamiento a adorar al Creador – El deber de adorar a Dios se basa en el hecho de que él es el Creador. “Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor” (Salmo 95:6; ver Salmos 96:5; 100:3; Isaías 40:25, 26; 45:18).

En Apocalipsis 14, se exhorta a los hombres a adorar al Creador y a observar los mandamientos de Dios. Uno de esos mandamientos señala a Dios como Creador: “El día séptimo es día de descanso para Yahvéh [Jehová], tu Dios... Pues en seis días hizo Yahvéh el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto contienen, y el séptimo descansó; por eso bendijo Yahvéh el día del sábado y lo hizo sagrado” (Éxodo 20:10, 11, *BJ*). El sábado, dice el Señor, es una “señal... para que se sepa que yo soy Yahvéh vuestro Dios” (Ezequiel 20:20, *BJ*). Si el sábado se hubiera continuado observando en forma universal, el hombre habría sido inducido a mirar al Creador como el objeto de su culto. Nunca habría existido un idólatra, un ateo o un incrédulo. El guardar el sábado es una señal de lealtad a “aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas”. El mensaje que ordena a los hombres adorar a Dios y guardar sus mandamientos los instará en forma particular a observar el cuarto Mandamiento.

La reforma relativa al sábado se predice en Isaías: “Así dijo Jehová: Guar-

dad derecho, y haced justicia; porque cercana está mi salvación para venir, y mi justicia para manifestarse. Bienaventurado el hombre que hace esto, y el hijo de hombre que lo abraza; que guarda el día de reposo [sábado] para no profanarlo, y que guarda su mano de hacer todo mal... a los hijos de los extranjeros que sigan a Jehová para servirle, y que amen el nombre de Jehová para ser sus siervos; a todos los que guarden el día de reposo [sábado] para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración” (Isaías 56:1, 2, 6, 7).

Estas palabras se aplican a la Era Cristiana, como se observa por el contexto (vers. 8). Aquí se anuncian anticipadamente la reunión de los gentiles por medio del evangelio, cuando los siervos de Cristo predicarían a todas las naciones las buenas nuevas.

El Señor ordena: “Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos” (Isaías 8:16). El sello de la Ley de Dios se encuentra en el cuarto Mandamiento. Este es el único de los diez que presenta tanto el nombre como el título del Legislador. Cuando el sábado fue cambiado por el poder papal, el sello fue quitado de la Ley. Los discípulos de Jesús han sido llamados a restaurarlo exaltando el sábado como el monumento conmemorativo del Creador y la señal de su autoridad.

Se da la orden: “Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado”. Aquellos a quienes el Señor designa como “mi pueblo” han de ser reconvencidos por sus transgresiones, pues son una clase que se considera a sí misma como justa en el servicio de Dios. Pero la solemne reconvención del que escudriña los corazones afirma que están pisoteando los preceptos divinos (Isaías 58:1, 2).

El profeta señala de esta manera el mandamiento que ha sido olvidado: “Los cimientos de generación y generación levantarás, y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar. Si retrajeres del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y al sábado llames delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no haciendo tus caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus palabras, entonces te deleitarás en Jehová” (Isaías 58:12-14, RVA).

El “portillo”, o brecha, fue hecho en la Ley de Dios cuando el sábado fue

cambiado por el poder romano. Pero ha llegado el tiempo en que esa brecha debe ser reparada.

El sábado fue guardado por Adán en su inocencia en el Edén; y también por Adán después de que cayó y se arrepintió, cuando fue expulsado de su morada. Fue observado por todos los patriarcas desde Abel hasta Noé, hasta Abraham y hasta Jacob. Cuando el Señor liberó a Israel, él proclamó su Ley a la multitud.

Siempre se guardó el verdadero sábado – Desde ese día hasta el presente, se continúa guardando el sábado. Aunque “el hombre de pecado” tuvo éxito en pisotear el santo día de Dios, almas fieles, ocultas en lugares secretos, le rindieron tributo. Desde la Reforma, un núcleo de personas en todas las generaciones ha mantenido su observancia.

Estas verdades relacionadas con “el evangelio eterno” distinguirán a la iglesia de Cristo en el tiempo de su aparición. “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12).

Los que recibieron la luz concerniente al Santuario y a la infalibilidad de la Ley de Dios, se llenaron de gozo al distinguir la armonía de la verdad. Anhelaron que la luz fuera impartida a todos los cristianos. Pero las verdades que diferían de lo que el mundo creía no fueron bien recibidas por muchos que aseveraban seguir a Cristo.

A medida que se presentaban las exigencias relativas al sábado, muchos decían: “Siempre hemos observado el domingo, nuestros padres lo observaron y muchos hombres buenos han muerto felices observándolo. La observancia de un nuevo día de reposo nos hará estar en desacuerdo con el mundo. ¿Qué podrá realizar un pequeño grupo de observadores del sábado contra todo el mundo que guarda el domingo?” Usando argumentos similares, los judíos justificaron su rechazo de Cristo. Así, en los días de Lutero, los papistas razonaban que los verdaderos cristianos habían muerto en la fe católica; por lo tanto, esa religión era suficiente. Tal razonamiento resultará una barrera para todo progreso en la fe.

Muchos afirmaban que la observancia del domingo había sido una costumbre muy difundida de la iglesia durante siglos. En contra de este argu-

mento, se presentaba el hecho de que el sábado y su observancia eran aún más antiguos, tan antiguos como el mundo mismo: habían sido establecidos por el “Anciano de días”.

En ausencia de un testimonio bíblico, muchos afirmaban: “¿Por qué no entienden nuestros grandes hombres esta cuestión del sábado? Pocos creen como ustedes. No puede ser que ustedes estén en lo cierto y todos los hombres de saber estén errados”.

Para refutar tales argumentos, se necesitaba solamente citar los textos de la Biblia y la forma en que el Señor trató con su pueblo en todos los siglos. La razón por la cual Dios no elige con mayor frecuencia a hombres de saber y posición para que sean los dirigentes en las reformas es que ellos confían en sus credos y en los sistemas teológicos, y no sienten la necesidad de ser enseñados por Dios. En cambio, los que poseen poco del saber transmitido por las escuelas, a veces, son llamados a declarar la verdad no porque sean incultos, sino porque no confían demasiado en sí mismos, y así pueden ser enseñados por Dios. Su humildad y su obediencia los hace grandes.

Su humildad y su obediencia los hace grandes.

La historia del antiguo Israel es una notable ilustración de la experiencia pasada del cuerpo de creyentes adventistas. Dios condujo a su pueblo en el movimiento adventista, así como condujo a los hijos de Israel en su salida de Egipto. Si todos los que habían trabajado en forma unida en la obra en 1844 hubieran recibido el mensaje del tercer ángel y lo hubieran proclamado con el poder del Espíritu Santo, hace años esta Tierra habría sido amonestada y Cristo habría venido para redimir a su pueblo.

No es la voluntad de Dios – No era la voluntad de Dios que los hijos de Israel vagaran cuarenta años por el desierto; él quería conducirlos directamente a Canaán y establecerlos allí, como un pueblo santo y feliz. Pero ellos “no pudieron entrar a causa de incredulidad” (Hebreos 3:19). De idén-

tica manera, no era la voluntad de Dios que la venida de Cristo se demorara por tanto tiempo, y que su pueblo permaneciera por tantos años en el mundo de pecado y dolor. La incredulidad los separó de Dios. Por misericordia hacia el mundo, Jesús demora su venida, para que los pecadores puedan escuchar la amonestación y encontrar refugio antes de que la ira de Dios sea derramada.

Ahora, así como ocurrió en los siglos anteriores, la presentación de la verdad excitará oposición. Muchos atacan malévolamente el carácter y los motivos de los que defienden una verdad impopular. Elías fue acusado de ser un perturbador de Israel; Jeremías fue acusado como traidor; Pablo, como quien había contaminado el Templo. Desde aquellos días hasta los nuestros, los que han querido ser leales a la verdad han sido denunciados como sediciosos, herejes y causantes de cismas.

La confesión de fe hecha por los santos y los mártires, su ejemplo de santidad y de firme integridad, inspira valor en los que hoy son llamados a presentarse como testigos en favor de Dios. Al siervo de Dios de estos días se le da el siguiente mandato: “Alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado”. “Hijo de hombre, te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte” (Isaías 58:1; Ezequiel 33:7).

El gran obstáculo para la aceptación de la verdad es que esta involucra inconvenientes y oprobio. Este es el único argumento en contra de la verdad que no han podido refutar sus defensores. Pero los verdaderos seguidores de Cristo no esperan que la verdad se haga popular. Ellos aceptan la cruz, confiados con el apóstol Pablo en que “esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria”, “teniendo –como antaño Moisés– por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios” (2 Corintios 4:17; Hebreos 11:26).

Debemos elegir lo justo porque es justo, y dejar las consecuencias con Dios. El mundo está en deuda con los hombres de principios, de fe y de valor por sus grandes reformas. Y la obra de reforma para este tiempo debe ser conducida hacia el éxito por hombres semejantes.



El destino del mundo

Desde la cumbre del Monte de los Olivos, Jesús contemplaba Jerusalén, donde resaltaban las magníficas construcciones del Templo. El sol poniente doraba la nivea blancura de sus muros de mármol y se reflejaba en la parte superior del Templo y su torre. ¡Qué hijo de Israel podía observar la escena sin sentir gozo y admiración! Pero otros eran los pensamientos que ocupaban la mente de Jesús. “Cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella” (S. Lucas 19:41).

No derramaba Jesús lágrimas por sí mismo, aunque ante él se encontraba el Getsemaní, el escenario de su próxima agonía, que ya no estaba distante, y el Calvario, el lugar de su crucifixión. Pero no eran estas las escenas que ensombrecían esta hora de alegría. Lloraba por los millares de habitantes de Jerusalén sentenciados a la destrucción.

Jesús observaba la historia de más de mil años del favor especial y del cuidado protector de Dios manifestados hacia el pueblo elegido. Jerusalén había sido honrada por Dios más que cualquier otro lugar de la Tierra. El Señor había “elegido a Sion... por habitación para sí” (Salmo 132:13). Durante siglos, los santos profetas habían anunciado mensajes de advertencia. Diariamente, la sangre de los corderos había sido ofrecida para representar la del Cordero de Dios.

Si Israel se hubiera mantenido leal al Cielo, Jerusalén habría permanecido para siempre como la elegida de Dios. Pero, los anales de este pueblo favorecido eran una historia de apostasía y rebelión. Con un amor mayor que el de un padre que se compadece, Dios había tenido “misericordia de su pueblo y de su habitación” (2 Crónicas 36:15). Siendo que las amonestaciones y las reprensiones habían fallado, él mandó el más rico don del cielo, el Hijo de Dios mismo, para exhortar a la ciudad impenitente.

Durante tres años, el Señor de luz y gloria había caminado entre su pueblo “haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos del diablo”, poniendo en libertad a los cautivos, devolviendo la vista a los ciegos, haciendo que el cojo caminara y el sordo oyera, limpiando a los leprosos, resucitando a los muertos y predicando el evangelio a los pobres (ver Hechos 10:38; S. Lucas 4:18; S. Mateo 11:5).

Errante peregrino, vivió para suplir las necesidades y aligerar las penas de los hombres, y para rogarles que aceptaran el don de la vida. Los actos de su misericordia, rechazados por aquellos corazones endurecidos, regresaban en una manifestación más poderosa de inexpresable amor y compasión. Pero Israel había rechazado a su mejor Amigo y a su único Ayudador. Los ruegos de su amor habían sido despreciados.

La hora de esperanza y perdón se estaba esfumando rápidamente. La tormenta que se había estado formando durante siglos de apostasía y rebelión estaba por estallar sobre un pueblo culpable. El único que podía salvarlos de su destino inminente había sido despreciado, injuriado y rechazado, y pronto había de ser crucificado.

Cuando Cristo contempló Jerusalén, lo agobiaba la condenación de toda una ciudad, de toda una nación. Contempló al ángel destructor con la espada levantada contra la ciudad que por tanto tiempo había sido la morada de Dios. Desde el mismo lugar que más tarde fuera ocupado por Tito y su ejército contempló, más allá del valle, los atrios y los pórticos sagrados. Con ojos inundados por las lágrimas, vio las murallas rodeadas de tropas enemigas. Oyó la marcha de los ejércitos que avanzaban en son de guerra, oyó la voz de las madres y de los niños que clamaban por pan en la ciudad sitiada. Vio su santo templo, sus palacios y sus torres, entregados a las llamas y, finalmente, hechos un montón de ruinas humeantes.

Observando la marcha de los siglos, vio al pueblo del pacto esparcido por todos los países, “como náufragos en una playa desierta”. La piedad divina y el sublime amor de Cristo se volcaron en las amorosas palabras: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (S. Mateo 23:37).

Cristo vio en Jerusalén un símbolo del mundo endurecido en la incredulidad y la rebelión, apresurándose hacia los juicios retributivos de Dios. Su corazón fue conmovido de piedad por los que en la Tierra estaban afligidos y sufrían. Anhelaba aliviarlos, y estaba dispuesto a derramar su alma hasta la muerte para poner la salvación a su alcance.

¡La Majestad del cielo envuelta en lágrimas! Esa escena muestra cuán dura es la tarea de salvar al culpable de las consecuencias de la transgresión de la ley de Dios. Jesús vio al mundo envuelto en el engaño, un engaño similar al que causó la destrucción de Jerusalén. El gran pecado de los judíos fue su rechazo de Cristo: el gran pecado del mundo sería su rechazo de la ley de Dios, el fundamento de su gobierno en el cielo y en la Tierra. Millones de personas esclavizadas por el pecado, en peligro de sufrir la muerte eterna, rehusarían escuchar las palabras de verdad el día que se las dijeran.

El magnífico Templo condenado – Dos días antes de la Pascua, Jesús de nuevo fue con sus discípulos al Monte de los Olivos, que dominaba la ciudad. Una vez más observó el Templo con su deslumbrante esplendor, una joya de hermosura. Salomón, el más sabio de los reyes de Israel, había completado el primer Templo, el edificio más magnífico que jamás tuviera el mundo. Después de su destrucción por parte de Nabucodonosor, fue reedificado quinientos años antes del nacimiento de Cristo.

Pero el segundo Templo no había igualado al primero en esplendor. No hubo una nube de gloria, no descendió fuego del cielo sobre su altar. El Arca, el Propiciatorio y las Tablas del Testimonio no se hallaban allí. Ninguna voz procedente del cielo había manifestado al sacerdote la voluntad de Dios. El segundo Templo no fue honrado por la nube del Dios de gloria, pero sí con la presencia viva de aquel que era Dios mismo manifestado en carne. El “Deseado de todas las gentes” había venido a su Templo cuando

el Hombre de Nazaret enseñaba y sanaba en los atrios sagrados. Pero Israel había rechazado el Don ofrecido por el Cielo. Junto con el humilde Maestro que ese día había salido por sus áureos portales, la gloria se había apartado para siempre del Templo. Ya se estaban cumpliendo las palabras del Salvador: “Vuestra casa os es dejada desierta” (S. Mateo 23:38).

Los discípulos se habían llenado de asombro ante el anuncio profético de Cristo, de que el Templo sería destruido, y anhelaban entender el significado de sus palabras. Herodes el Grande había contribuido tanto con tesoros romanos como con recursos judíos para darle mayor hermosura. Enormes bloques de mármol blanco, traídos desde Roma, formaban parte de su estructura, hacia los cuales los discípulos habían llamado la atención de su Maestro, diciendo: “Mira qué piedras, y qué edificios” (S. Marcos 13:1).

Pero Jesús respondió con estas solemnes y terribles palabras: “De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada” (S. Mateo 24:2). El Señor había dicho a los discípulos que él vendría por segunda vez. Por lo tanto, ante la mención de los juicios que caerían sobre Jerusalén, sus mentes se concentraron en su venida, y preguntaron: “¿Cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?” (S. Mateo 24:3).

Cristo presentó delante de ellos un delineamiento de los principales acontecimientos que ocurrirían antes del fin del tiempo. La profecía que pronunció tenía un doble significado. En tanto que anunciaba la destrucción de Jerusalén, predecía a la vez los terrores de los días finales del mundo.

Los juicios de Dios caerían sobre Israel por su rechazo del Mesías y la crucifixión del Salvador. “Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes” (S. Mateo 24:15, 16; ver también S. Lucas 21:20, 21). Cuando los estandartes idolátricos de los romanos se establecieran en los terrenos sagrados fuera de los muros de la ciudad, los seguidores de Cristo habían de huir para salvarse. Los que escaparan debían hacerlo sin demora. Debido a los pecados de Jerusalén, la ira caería sobre la ciudad. Su persistente incredulidad hizo que su destrucción fuera segura (ver Miqueas 3:9-12).

Los habitantes de Jerusalén acusaron a Cristo de ser la causa de todos los problemas que le habían acontecido como consecuencia de sus pecados.

Aunque sabían que él era sin pecado, declararon que su muerte era necesaria para la seguridad de la Nación. Aceptaron la sentencia del sumo pontífice, que les dijo que sería mejor que muriera un hombre y no que toda la Nación pereciera (ver S. Juan 11:47-53).

Aunque dieron muerte a su Salvador porque él reprobó sus pecados, se consideraban a sí mismos como el pueblo favorecido de Dios y esperaban que el Señor los libertara de sus enemigos.

La paciencia de Dios – Durante casi cuarenta años, el Señor demoró sus juicios. Había todavía muchos judíos que ignoraban el carácter y la obra de Cristo. Y los hijos no habían disfrutado del conocimiento que sus padres habían despreciado. Mediante la predicación de los apóstoles, Dios hizo que la luz brillara sobre ellos. Veían cómo la profecía se había cumplido no solamente con el nacimiento y la vida de Cristo, sino también con su muerte y su resurrección. Los hijos no fueron condenados por los pecados de sus padres; pero, cuando ellos rechazaron el conocimiento adicional que les fuera conferido, se hicieron partícipes de los pecados de sus mayores y colmaron la medida de su iniquidad.

**Cristo presentó
delante de ellos
un delineamiento
de los principales
acontecimientos
que ocurrirían
antes del fin del
tiempo.**

Los judíos, en su obstinada impenitencia, rechazaron la última oferta de misericordia. Entonces, Dios retiró su protección de ellos. La Nación fue abandonada al control del dirigente que había escogido. Satanás despertó las pasiones más fieras y más bajas del alma. Los hombres eran irrazonables, y estaban dominados por el impulso y el odio ciego, y actuaban con crueldad satánica. Amigos y parientes se traicionaban unos a otros. Los padres mataban a los hijos; y los hijos, a los padres. Los gobernantes no tenían poder para gobernarse a sí mismos. La pasión los convirtió en tiranos. Los judíos habían aceptado el falso testimonio para condenar al inocente Hijo de Dios. Ahora, falsas acusaciones habían hecho insegura su vida. El temor de Dios ya no los preocupaba. Satanás estaba a la cabeza de la Nación.

Dirigentes de partidos opositores combatían entre sí y se mataban sin misericordia. Aun la santidad del Templo no restringía su horrible ferocidad. El Santuario fue mancillado por los cuerpos de los asesinados. Sin embargo, los instigadores de esta obra infernal declararon que no tenían temor de que Jerusalén fuese destruida. Era la ciudad de Dios. Aunque las legiones romanas estuvieron rodeando el Templo, las multitudes se aferraron a su creencia de que el Altísimo se interpondría para derrotar a los adversarios. Pero Israel había despreciado la protección divina, y ahora no tenía defensa.

Un desastre portentoso – Todas las predicciones dadas por Cristo con relación a la destrucción de Jerusalén se cumplieron al pie de la letra. Aparecieron señales y milagros. Durante siete años, un hombre estuvo recorriendo las calles de Jerusalén, declarando las desgracias que vendrían. Este extraño personaje fue apresado y azotado, pero ante el insulto y los maltratos solamente contestaba: “¡Ay de Jerusalén!” Finalmente fue asesinado durante el sitio de la ciudad que él predijo.¹

Ni un solo cristiano pereció en la destrucción de Jerusalén. Después de que los romanos hubieron rodeado la ciudad bajo Cestio, inesperadamente abandonaron el sitio cuando todo parecía favorable para el ataque. El general romano retiró sus fuerzas sin la menor razón aparente. La señal prometida había sido dada a los cristianos que esperaban (S. Lucas 21:20, 21).

Los sucesos se desarrollaron de tal manera que ni los judíos ni los romanos impidieran la huida de los cristianos. Ante la retirada de Cestio, los judíos lo persiguieron y, mientras ambas fuerzas estaban así plenamente empeñadas en batalla, los cristianos de todo el país pudieron escapar sin problemas a un lugar seguro: la ciudad de Pella.

Las fuerzas judías, al perseguir a Cestio y a su ejército, cayeron sobre la retaguardia. Con gran dificultad los romanos tuvieron éxito en su retirada. Los judíos, con sus despojos, regresaron triunfantes a Jerusalén. Sin embargo, este aparente éxito les trajo solamente mal. Inspiró un porfiado espíritu de resistencia en los romanos, los cuales trajeron una angustia indecible sobre la ciudad condenada.

Terribles fueron las calamidades que cayeron sobre Jerusalén cuando Tito reinició el sitio. La ciudad fue rodeada en ocasión de la Pascua, cuan-

do millones de judíos se reunían dentro de sus muros. Anteriormente, muchos depósitos de provisiones habían sido destruidos debido a las luchas de los partidos contendientes. Ahora empezaron a experimentarse todos los horrores del hambre. Los hombres comían el cuero de sus zapatos y sandalias, y las cubiertas de sus escudos. Gran cantidad salía de noche para juntar plantas silvestres que crecían fuera de los muros de la ciudad, aunque entonces muchos de ellos eran torturados cruelmente y muertos. A menudo, los que regresaban salvos eran privados por asalto de todo lo que habían recogido. Los esposos despojaban a sus esposas; y las esposas, a sus maridos. Los hijos arrebatában el alimento de las bocas de sus padres ancianos.

Los dirigentes romanos trataron de infundir terror en los judíos y así obligarlos a rendirse. Los prisioneros eran azotados, torturados y crucificados ante los muros de la ciudad. A lo largo del valle de Josafat y en el Calvario, se levantaron cruces en tal cantidad que apenas había lugar para moverse entre ellas. De esta manera fue castigada aquella imprecación terrible pronunciada ante Pilato: “¡Recaiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos!” (S. Mateo 27:25, VM).

Tito se llenó de horror al ver los cuerpos amontonados en los valles. Como obsesionado, observó el magnífico Templo y ordenó que no se tocara ninguna piedra de su estructura. Dirigió un ferviente llamamiento a los líderes judíos a que no lo obligaran a contaminar con sangre el lugar sagrado. ¡Si los romanos lucharan en cualquier otro lugar, ninguno de ellos violaría la santidad del Templo! Josefo mismo les rogó que se rindieran para salvarse, y para salvar también la ciudad y el lugar de culto; pero fue rechazado con amargas maldiciones. Arrojaron flechas contra él, su último mediador humano. Los esfuerzos de Tito para salvar el Templo fueron en vano. Uno mayor que él había declarado que no sería dejada piedra sobre piedra.

Finalmente, Tito, determinado a salvar el Templo, si era posible, de la destrucción, decidió tomarlo por asalto. Pero sus órdenes fueron desobedecidas. Un soldado, aprovechándose de una abertura en el pórtico, arrojó un leño encendido, e inmediatamente las cámaras forradas de cedro que rodeaban la casa santa estuvieron envueltas en llamas. Tito se precipitó al lugar y ordenó a los soldados que apagaran las llamas, mas sus palabras fueron desatendidas. En su furia, los soldados arrojaron teas encendidas a

las cámaras adjuntas del Templo, y destruyeron así a los que habían hallado refugio en ellas. La sangre corría como agua por las gradas del Templo.

Después de la destrucción del Templo, la ciudad entera cayó en poder de los romanos. Los dirigentes judíos abandonaron sus torres impenetrables. Tito declaró que Dios los había entregado en sus manos, pues ninguna maquinaria, por poderosa que fuera, podría haber prevalecido contra esas estupendas fortalezas. Tanto la ciudad como el Templo fueron arrasados hasta sus fundamentos, y el terreno en el cual estaba edificada la casa santa fue “arado como un campo de cultivo” (ver Jeremías 26:18). Más de un millón de personas perecieron; los que sobrevivieron fueron conducidos como cautivos, vendidos como esclavos, arrastrados a Roma, arrojados a las bestias salvajes en los anfiteatros o esparcidos como errantes peregrinos por la Tierra.

Los judíos habían colmado la copa de la venganza. En todas las desgracias que siguieron a su dispersión, estaban recogiendo la cosecha que sus propias manos habían sembrado. “¿Es tu destrucción, oh Israel, el que estés contra mí... porque has caído por tu iniquidad!” (Oseas 13:9; 14:1, VM). A menudo, los sufrimientos son considerados como un castigo ordenado directamente por Dios. De este modo, el gran engañador trata de disfrazar su propia obra. Debido a un rechazo caprichoso del amor y la misericordia divinos, los judíos habían hecho que la protección de Dios les fuera retirada.

No podemos saber cuánto debemos a Cristo por la paz y la protección que disfrutamos. El poder restrictivo de Dios impide que el género humano caiga enteramente bajo el dominio de Satanás. Aun el desobediente y desagradecido tiene mucha razón para agradecer a Dios por su misericordia. Pero, cuando los hombres traspasan los límites de la tolerancia divina, la protección desaparece. Dios no actúa nunca como el verdugo de la sentencia contra la transgresión. Él deja que los que rechazan su misericordia cosechen aquello que han sembrado. Cada rayo de luz rechazado es una semilla sembrada que produce su infalible cosecha. El Espíritu de Dios, persistentemente resistido, al fin se retira. Entonces, no queda ningún poder para controlar las malas pasiones del alma, ninguna protección contra la malicia y la enemistad de Satanás.

La destrucción de Jerusalén es una solemne advertencia dirigida a to-

dos los que resisten los clamores de la misericordia divina. La profecía del Salvador con relación a los juicios sobre Jerusalén ha de tener otro cumplimiento todavía. En la suerte corrida por la ciudad escogida podemos ver la condenación de un mundo que ha rechazado la misericordia de Dios y pisoteado su ley. Negros son los registros de la miseria humana que el mundo ha presenciado. Terribles han sido los resultados de rechazar la autoridad del Cielo. Pero, una escena aún más tenebrosa es la que se presenta en las revelaciones del futuro. Cuando el Espíritu restrictivo de Dios se haya retirado totalmente, para no frenar más la exposición de la pasión humana y de la ira satánica, el mundo contemplará, como nunca antes, los resultados del gobierno de Satanás.

En ese día, como en la destrucción de Jerusalén, el pueblo de Dios será librado (ver Isaías 4:3). Cristo vendrá la segunda vez para reunir a sus fieles consigo. “Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (S. Mateo 24:30, 31).

El poder restrictivo de Dios impide que el género humano caiga enteramente bajo el dominio de Satanás.

Guárdense los hombres de descuidar las palabras de Cristo. Como él amonestó a sus discípulos acerca de la destrucción de Jerusalén para que huyeran de ella, así ha amonestado al mundo acerca del día de la destrucción final. Todos los que quieran podrán huir de la ira que vendrá. “Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes” (S. Lucas 21:25; ver también S. Mateo 24:29; S. Marcos 13:24-26; Apocalipsis 6:12-17). “Velad, pues” (S. Marcos 13:35) es la amonestación del Señor. Los que escuchen la advertencia no serán dejados en tinieblas.

El mundo no está más dispuesto a creer el mensaje para este tiempo que lo que estaban los judíos para recibir la advertencia del Salvador con

relación a Jerusalén. Venga cuando viniere, el Día de Dios sobrevendrá en forma inadvertida para los impíos. Cuando la vida continúe su curso invariable; cuando los hombres estén absorbidos en el placer, en los negocios, en la caza del dinero; cuando los dirigentes religiosos estén magnificando el progreso del mundo, y el pueblo esté adormecido en una falsa seguridad, entonces, así como el ladrón a medianoche entra en una casa sin custodia, vendrá la destrucción sobre los descuidados impíos, “y no escaparán” (1 Tesalonicenses 5:2-5).

Referencia

¹ Milman, *History of the Jews* [Historia de los judíos], lib. 13.

9 Esperanza real

La promesa de que Cristo vendrá por segunda vez para completar la gran obra de la redención es la nota tónica de las Sagradas Escrituras. Desde el Edén, los hijos de la fe han esperado la venida del Prometido, que les traería de nuevo el paraíso perdido.

Enoc, en la séptima generación descendiente de los que habitaron en el Edén, y quien por tres siglos caminó con Dios, declaró: “He aquí que viene el Señor, con las huestes innumerables de sus santos ángeles, para ejecutar juicio sobre todos” (S. Judas 14, 15, VM). Job, en la noche de su aflicción, exclamó: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo... en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro” (Job 19:25-27).

Los poetas y los profetas de la Biblia se han espaciado en la venida de Cristo con ardientes palabras de fuego celestial. “¡Alégrense los cielos, y gócese la tierra!... delante de Jehová; porque viene, sí, porque viene a juzgar la tierra. ¡Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad!” (Salmo 96:11-13, VM).

Dijo el profeta Isaías: “Y se dirá en aquel día: He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; éste es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación” (Isaías 25:9).

El Salvador consoló a sus discípulos con la seguridad de que él vendría otra vez: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay... voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere... vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo”. “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones” (S. Juan 14:2, 3; S. Mateo 25:31, 32).

Los ángeles repitieron a los discípulos la promesa de su regreso: “Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como lo habéis visto ir al cielo” (Hechos 1:11). Y San Pablo testificó: “El Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo” (1 Tesalonicenses 4:16). El profeta de Patmos escribió: “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá” (Apocalipsis 1:7).

Entonces será quebrantado el poder del mal que ha durado por tanto tiempo: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15). “Jehová el Señor hará brotar justicia y alabanza delante de todas las naciones” (Isaías 61:11).

Entonces el reino de paz del Mesías será establecido: “Consolará Jehová a Sion; consolará todas sus soledades, y cambiará su desierto en paraíso, y su soledad en huerto de Jehová” (Isaías 51:3).

La venida del Señor ha sido, en todos los siglos, la esperanza de sus verdaderos seguidores. En medio de los sufrimientos y la persecución, “la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” era la “esperanza bienaventurada” (Tito 2:13). Pablo señaló que la resurrección ocurriría en ocasión de la venida del Salvador, cuando los muertos en Cristo se levantarían, y junto con los vivos serían arrebatados para encontrar al Señor en el aire. “Y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:17, 18).

En Patmos, el amado discípulo oyó la promesa: “Ciertamente vengo en breve”, y su respuesta es un eco de la oración de la iglesia: “¡Ven, Señor Jesús!” (Apocalipsis 22:20).

Desde la cárcel, la hoguera y el patíbulo, donde los santos y los mártires dieron testimonio de la verdad, resuena a través de los siglos la expresión de su fe y esperanza. Estando “seguros de la resurrección personal de Cristo y, por consiguiente, de la suya propia a la venida del Señor –como dice

uno de estos cristianos—, ellos despreciaban la muerte y la superaban”.¹ Los valdenses acariciaban la misma fe. Wiclef, Lutero, Calvino, Knox, Ridley y Baxter anticiparon con fe la venida del Señor. Tal fue la esperanza de la iglesia apostólica, de la “iglesia en el desierto” y de los reformadores.

La profecía no solamente predice la manera y el propósito de la segunda venida de Cristo, sino también presenta las señales por las cuales los hombres habrían de saber cuándo ese día estaría cerca. “Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas” (S. Lucas 21:25). “El sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria” (S. Marcos 13:24-26). El revelador describe de esta manera la primera de las señales que habría de preceder a la segunda venida: “He aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre” (Apocalipsis 6:12).

La venida del Señor ha sido, en todos los siglos, la esperanza de sus verdaderos seguidores.

El terremoto que hizo temblar al mundo

— En cumplimiento de esta profecía, ocurrió en 1755 el más terrible terremoto que jamás se haya registrado. Conocido como “el terremoto de Lisboa”, se extendió por toda Europa, África y América. Se sintió en Groenlandia, las Indias Occidentales, isla Madera, Noruega y Suecia, Gran Bretaña e Irlanda, en una extensión de no menos de diez millones de kilómetros cuadrados. En el África, el temblor fue casi tan fuerte como en Europa. Una gran parte de Argel fue destruida. Una ola gigantesca barrió las costas de España y del África, arrasando ciudades enteras.

Algunas de las montañas “más grandes de Portugal, fueron sacudidas impetuosamente, por así decirlo, sobre sus fundamentos; y algunas de ellas abrieron sus cúspides, que se partieron en forma asombrosa, y grandes rocas fueron arrojadas en los valles adyacentes. Se dice que de estas montañas salieron llamaradas de fuego”.

En Lisboa, “se oyó bajo la tierra ruido de truenos e, inmediatamente después, una violenta sacudida derribó la mayor parte de la ciudad. En el curso de aproximadamente 6 minutos perecieron 60 mil personas. El mar primeramente se retiró, y dejó seca la barra, pero luego volvió en una ola que se elevaba hasta 16 metros de altura sobre su nivel normal”.²

“El terremoto ocurrió un día feriado, cuando las iglesias y los conventos estaban llenos de asistentes, muy pocos de los cuales escaparon”. “El terror de la gente sobrepasaba toda descripción. Nadie lloraba; el siniestro superaba la capacidad de derramar lágrimas. Todos corrían de aquí para allá, delirantes de horror y espanto, golpeándose la cara y el pecho, y gritando: *¡Misericordia! ¡Llegó el fin del mundo!*” Las madres se olvidaban de sus hijos, y corrían de un lado a otro llevando crucifijos en sus manos. Desgraciadamente, muchos acudieron a las iglesias para hallar protección; pero en vano el sacramento fue expuesto; en vano las pobres criaturas abrazaban los altares; imágenes, sacerdotes y pueblo eran envueltos en la ruina común”.³

El oscurecimiento del sol y de la luna – Veinticinco años más tarde apareció la siguiente señal mencionada en la profecía: el oscurecimiento del sol y de la luna. El tiempo de su cumplimiento había sido específicamente señalado en la conversación del Salvador con sus discípulos sobre el Monte de los Olivos. “En aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor” (S. Marcos 13:24). Los 1.260 días, o años, terminaron en 1798. Un cuarto de siglo antes, la persecución había cesado casi totalmente. Después de esta persecución, el sol había de oscurecerse. El 19 de mayo de 1780 se cumplió esta profecía.

Un testigo ocular que vivía en Massachusetts describió el suceso en las siguientes palabras: “Un denso nubarrón negro se extendió por todo el firmamento, dejando solamente un estrecho borde en el horizonte, haciendo tan oscuro el día como suele serlo en verano a las nueve de la noche...”

“El temor, la ansiedad y el espanto gradualmente llenaron las mentes del pueblo. Las mujeres estaban en las puertas, observando el paisaje tenebroso; los hombres regresaban de su labor en los campos; el carpintero dejó sus herramientas; el herrero, su fragua; y el comerciante, su mostrador. Las escuelas cancelaron sus clases, y los niños, temblorosos, se apre-

suraron a sus hogares. Los viajeros se acercaron a la granja más inmediata. ‘¿Qué está por venir?’, se preguntaban todos los labios y los corazones. Parecía que un huracán estuviese por barrer el país, o que fuera el día de la consumación de todas las cosas.

“Se prendieron velas; y la lumbre del hogar brillaba como en las noches sin luna de otoño... Las aves se retiraron a sus gallineros, el ganado se juntó en sus encierros, las ranas croaron, los pájaros entonaron sus melodías del anochecer y los murciélagos se pusieron a revolotear. Solamente el hombre sabía que no había llegado la noche...

“Se reunieron las congregaciones en muchos... lugares. En todos los casos, los textos de los sermones improvisados fueron los que parecían indicar que la oscuridad concordaba con la profecía bíblica... La oscuridad era más densa poco antes de las once de la mañana.”⁴

“En la mayor parte del país, la oscuridad fue tan grande durante el día, que la gente no podía decir qué hora era ni por el reloj de bolsillo ni por el de pared. Tampoco podía comer, ni atender los quehaceres de la casa sin una vela prendida.”⁵

La luna como sangre – “La oscuridad de la noche no fue menos extraordinaria o aterradora que la del día pues, no obstante ser casi tiempo de luna llena, no podía divisarse ningún objeto sino con la ayuda de alguna luz artificial, la cual, cuando se la observaba desde las casas vecinas y otros lugares a cierta distancia, aparecía como a través de una oscuridad semejante a la de Egipto, casi impermeable a sus rayos.”⁶ “Si todos los cuerpos luminosos del universo hubieran sido envueltos en impenetrables sombras, o hubieran sido eliminados, las tinieblas no podrían haber sido más completas.”⁷ Después de la medianoche, la oscuridad se disipó, y la luna, cuando se la vio, tenía apariencia de sangre.

El 19 de mayo de 1780 se destaca en la historia como “el día oscuro”. Desde los tiempos de Moisés no se había registrado ninguna oscuridad de una densidad semejante, ni de una duración igual. La descripción dada por los testigos oculares es un eco de las palabras registradas por el profeta Joel dos mil quinientos años antes: “El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová” (Joel 2:31).

“Cuando estas cosas comiencen a suceder –dijo Jesús–, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca”. Él llamó la atención de sus seguidores a los árboles que estaban a punto de florecer en primavera: “Cuando ya brotan, viéndolo, sabéis por vosotros mismos que el verano está ya cerca. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas sabed que está cerca el reino de Dios” (S. Lucas 21:28, 30, 31).

Pero, en la iglesia, el amor de Cristo y la fe en su venida se habían enfriado. El profeso pueblo de Dios estaba ciego a las instrucciones del Salvador referentes a las señales de su aparición. La doctrina del segundo advenimiento había sido descuidada, hasta que llegó a ser, en gran medida, olvidada e ignorada, especialmente en los Estados Unidos. Una devoción absorbente por la ganancia de dinero, y el ansia de popularidad y poder, indujo a los hombres a poner muy en lo futuro ese día solemne cuando el actual orden de cosas terminará.

El Salvador predijo el estado de apostasía que existiría precisamente antes de su segunda venida. Para los que vivieran en ese tiempo, Cristo dejó esta amonestación: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día”. “Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar de pie delante del Hijo del Hombre” (S. Lucas 21:34, 36).

Era necesario que los hombres fueran despertados y pudieran prepararse para los solemnes acontecimientos relacionados con el fin del tiempo de gracia. “Grande es el día de Jehová, y muy terrible; ¿quién podrá soportarlo?” ¿Quién soportará la aparición de aquel de quien está escrito: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio”. “Castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes”. “Ni su plata ni su oro podrá librarlos”. “Serán saqueados sus bienes, y sus casas soladas” (Joel 2:11; Habacuc 1:13; Isaías 13:11; Sofonías 1:18, 13).

El llamado a despertar – Ante la proximidad de este gran día, la Palabra de Dios llama a su pueblo para que despierte y busque el rostro del Señor con arrepentimiento:

“Viene el día de Jehová, porque está cercano”. “Proclamad ayuno, convocad asamblea. Reunid al pueblo, santificad la reunión, juntad a los ancianos, congregad a los niños... salga de su cámara el novio, y de su tálamo la novia. Entre la entrada y el altar lloren los sacerdotes ministros de Jehová”. “Convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová vuestro Dios; porque misericordioso es y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia” (Joel 2:1, 15-17, 12, 13).

Debía realizarse una gran obra de reforma para preparar al pueblo con el fin de que estuviera en pie en el Día de Dios. En su misericordia, el Señor estaba por enviar un mensaje para despertar a quienes profesaban ser su pueblo e inducirlos a prepararse para la venida del Señor.

La amonestación se encuentra en Apocalipsis, capítulo 14. Aquí hay un mensaje triple que se presenta como proclamado por seres celestiales, seguido de inmediato por la venida del Hijo del Hombre para segar “la mies de la tierra”. El profeta vio “volar por el medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores

de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo en alta voz: Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (Apocalipsis 14:6, 7).

Este mensaje es una parte del “evangelio eterno”. La obra de predicar ha sido confiada a los hombres. Santos ángeles la dirigen, pero la verdadera proclamación del evangelio la realizan los siervos de Dios que están sobre la Tierra. Hombres fieles, obedientes a los llamados del Espíritu de Dios y a las enseñanzas de su Palabra, habrían de proclamar esta amonestación. Ellos habían estado procurando el acontecimiento de Dios más que todos los tesoros escondidos, estimándolos “más que la ganancia de plata”, y “su rédito” más “que el oro puro” (Proverbios 3:14, VM).

“[...] cuando veáis que suceden estas cosas sabed que está cerca el reino de Dios”.

Un mensaje dado por hombres humildes – Si los teólogos eruditos hubieran sido fieles centinelas, que investigaran en forma diligente y con oración las Escrituras, todos ellos habrían conocido el tiempo en que vivían. Las profecías les habrían revelado los acontecimientos que debían ocurrir. Pero el mensaje fue dado por hombres más humildes. Los que descuidan la búsqueda de la luz cuando esta se encuentra a su alcance, son dejados en las tinieblas. Pero el Salvador declara: “El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (S. Juan 8:12). A esa alma se le enviará alguna estrella de brillo celestial para guiarla a toda verdad.

Al tiempo de la primera venida de Cristo, los sacerdotes y los escribas de la Ciudad Santa deberían haber determinado “las señales de los tiempos” y proclamado la venida del Prometido. Miqueas señaló el lugar de su nacimiento; Daniel, el tiempo de su advenimiento (Miqueas 5:2; Daniel 9:25). Los líderes judíos estaban sin excusa por su ignorancia. Su desconocimiento era el resultado de un descuido pecaminoso.

Con profundo interés, los ancianos de Israel debían haber estado estudiando el lugar, el tiempo y las circunstancias del acontecimiento más grande de la historia del mundo: la venida del Hijo de Dios. El pueblo debía haber estado aguardando la ocasión para dar la bienvenida al Redentor del mundo. Pero, en Belén, dos viajeros cansados de Nazaret recorrieron toda la estrecha calle que va hasta el confín oriental de la ciudad, buscando en vano un refugio para la noche. Ninguna puerta se abrió para recibirlos. En un miserable cobertizo preparado para el ganado encontraron por fin refugio, y allí nació el Salvador del mundo.

Fueron comisionados ángeles para llevar las alegres nuevas a los que estaban preparados para recibirlos y que alegremente las propagarían. Cristo había descendido para tomar sobre sí mismo la naturaleza del hombre, para soportar una carga infinita de desgracia mientras se convertía él mismo en una ofrenda por el pecado. Sin embargo, los ángeles desearon que aun en su humillación el Hijo del alto Dios apareciera delante de los hombres con una dignidad y gloria que cuadrara con su carácter. ¿Se reunirían los hombres grandes de la Tierra en la capital de Israel para darle al Señor la bienvenida?

Un ángel visitó la Tierra para ver quiénes estaban preparados para dar la bienvenida a Jesús. Pero no oyó ninguna voz de alabanza por el hecho de

que el período de la venida del Mesías fuera inminente. El ángel sobrevoló la ciudad escogida y el Templo donde se había manifestado la presencia divina durante siglos, pero aun allí existía la misma indiferencia. Los sacerdotes, llenos de pompa y orgullo, ofrecían sacrificios contaminados. Los fariseos hablaban al pueblo con grandes voces o hacían oraciones jactanciosas en las esquinas de las calles. Los reyes, los filósofos, los rabinos, todos estaban inconscientes del hecho maravilloso de que el Redentor de los hombres estaba por aparecer.

En su asombro, el mensajero celestial estaba por regresar al cielo con las vergonzosas noticias, cuando descubrió a un grupo de pastores que cuidaban sus rebaños durante las horas de la noche. Mientras observaban los cielos estrellados, meditaban en la profecía de un Mesías que había de venir y anhelaban el advenimiento del Redentor del mundo. Aquí había un grupo preparado para recibir el mensaje del cielo. De repente, la gloria celestial inunda toda la llanura, y una compañía innumerable de ángeles aparece en la escena; y, como si el gozo fuera demasiado grande para que solamente un mensajero lo trajera del cielo, una multitud de voces irrumpe entonando las antifonas que todas las naciones de los salvos cantarán algún día: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (S. Lucas 2:14).

¡Qué lección encierra esta admirable historia de Belén! ¡Cómo reprende ella nuestra incredulidad, nuestro orgullo y nuestra suficiencia propia! ¡Cómo nos amonesta a tener cuidado, para que no dejemos de discernir las señales de los tiempos y, por lo tanto, no conozcamos el día de nuestra visitación!

No era solamente entre los humildes pastores donde los ángeles encontraron personas que esperaban al Mesías venidero. En la tierra de los paganos también había gente que lo esperaba: hombres ricos, nobles y sabios, los filósofos de Oriente. Habían descubierto, en las Escrituras hebreas, que había de aparecer la estrella de Jacob. Con anhelante deseo aguardaban la venida del Señor, quien no solamente sería la “consolación de Israel”, sino una “luz para revelación a los gentiles” y “salvación hasta lo último de la tierra” (S. Lucas 2:25, 32; Hechos 13:47). La estrella enviada por el Cielo guió a los extranjeros gentiles al lugar del nacimiento del Rey que acababa de nacer.

Es “para salvar a los que le esperan” para lo que Cristo “aparecerá por segunda vez sin relación con el pecado” (Hebreos 9:28). A semejanza de las nuevas referentes al nacimiento del Salvador, el mensaje del segundo advenimiento no fue encomendado a los dirigentes religiosos del pueblo. Ellos habían rehusado la luz del Cielo; por lo tanto, no se encontraban entre los descritos por el apóstol San Pablo: “Vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas” (1 Tesalonicenses 5:4, 5).

Los centinelas apostados sobre los muros de Sion deberían haber sido los primeros en recoger las noticias del advenimiento del Salvador; los primeros en proclamar su inminencia. Pero, en cambio, estaban despreocupados, mientras el pueblo dormía en sus pecados. Jesús vio a su iglesia, semejante a la higuera estéril, con hojas de pretensión y desprovista del fruto precioso. El espíritu de verdadera humildad, arrepentimiento y fe estaba ausente. Había orgullo, formalismo, egoísmo, opresión. Una iglesia apóstata había cerrado sus ojos a las señales de los tiempos. Se separaron de Dios y de su amor. Al rehusar cumplir con las condiciones, las promesas del Señor no se cumplieron para ellos.

Muchos de los que profesaban ser los seguidores de Cristo rehusaban recibir la luz del Cielo. A semejanza de los judíos de antaño, no conocieron el tiempo de su visitación. El Señor los pasó por alto y reveló su verdad a los que, a semejanza de los pastores de Belén y de los magos de Oriente, habían prestado oídos a toda la luz que habían recibido.

Referencias

¹ Daniel T. Taylor, *The Reign of Christ on Earth; or The Voice of the Church in All Ages* [El reinado de Cristo en la Tierra; o La voz de la iglesia en todas las épocas], p. 33.

² Sir Charles Lyell, *Principles of Geology* [Principios de geología], p. 495.

³ Enciclopedia Americana, artículo “Lisboa”.

⁴ *The Essex Antiquarian* [El Anticuario de Essex], Abril de 1899, t. 3, N° 4, pp. 53, 54.

⁵ William Gordon, *History of the Rise, Progress and Establishment of the Independence of the USA* [Historia de la iniciación, el progreso y el establecimiento de la independencia de los EE.UU.], t. 3, p. 57.

⁶ Isaiah Thomas, *Massachusetts Spy; or American Oracle of Liberty* [El Espía de Massachusetts; o El Oráculo Norteamericano de la Libertad], t. 10, N° 472 (25 de mayo de 1780).

⁷ Carta del Dr. Samuel Tenney, de Exeter, New Hampshire, diciembre de 1785, en *Massachusetts Historical Society Collections* [Colecciones de la Sociedad Histórica de Massachusetts], 1792 (1ª serie, t. 1, p. 97).

10 El gran rescate

Cuando la protección de las leyes humanas les sea negada a los que honran la ley de Dios, habrá en diferentes países un movimiento simultáneo con el propósito de destruirlos. Cuando el tiempo señalado por el decreto esté cerca, el pueblo conspirará para asestar, en una determinada noche, un golpe decisivo que silenciará a los disidentes y a los réprobos.

El pueblo de Dios –algunos en las celdas de las cárceles, algunos en los bosques y las montañas– ruega por la protección divina. Hombres armados, instigados por los malos ángeles, se están preparando para la obra de muerte. Ahora, en la hora de máxima gravedad, Dios se interpone: “Vosotros tendréis cántico como de noche en que se celebra Pascua, y alegría de corazón, como el que va... al monte de Jehová, al Fuerte de Israel. Y Jehová hará oír su potente voz, y hará ver el descenso de su brazo, con furor de rostro y llama de fuego consumidor, con torbellino, tempestad y piedra de granizo” (Isaías 30:29, 30).

Multitudes de hombres malvados están por embestir para atacar a su presa, cuando densas tinieblas, más oscuras que la noche, descienden sobre la Tierra. Entonces, un arco iris se extiende de un lado al otro del cielo y parece circuir a todo grupo que está orando. Las encolerizadas multitudes son contenidas. Los objetos de su ira se olvidan. Fijan la mirada en el

símbolo del pacto de Dios y anhelan ser protegidos de su brillo.

El pueblo de Dios oye una voz que dice: “Enderécense”. A semejanza de Esteban, miran hacia arriba y observan la gloria de Dios y del Hijo del Hombre sobre su Trono (ver Hechos 7:55, 56). Disciernen las señales de su humillación, y escuchan su pedido: “Aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo” (S. Juan 17:24). Se oye una voz que dice: “¡Helos aquí, helos aquí!, santos, inocentes e inmaculados. Guardaron la palabra de mi paciencia y andarán entre los ángeles”.

A medianoche, Dios manifiesta su poder en favor de la liberación de su pueblo. El sol aparece brillando con toda su fuerza. Siguen señales y milagros. Los malvados observan con terror la escena, mientras los justos contemplan las prendas de su liberación. En medio del cielo conmovido, aparece un espacio claro de gloria indescriptible desde donde viene la voz de Dios, como el sonido de muchas aguas, diciendo: “¡Hecho está!” (Apocalipsis 16:17).

Esa voz conmueve los cielos y la Tierra. Ocurre un terrible terremoto, “cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra” (Apocalipsis 16:18). Las rocas quebrantadas se esparcen para todos lados. El mar es azotado con furia. Se escucha el rugido de un huracán como voz de demonios. La superficie de la Tierra es quebrantada. Parece que sus mismos fundamentos ceden. Puertos marinos que han llegado a ser como Sodoma por su impiedad son tragados por las aguas agitadas. “La gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira” (Apocalipsis 16:19). Grandes piedras de granizo hacen su obra de destrucción. Ciudades orgullosas resultan abatidas. Palacios señoriales en los cuales los hombres han malgastado su riqueza caen en ruina ante su vista. Los muros de las cárceles se parten de arriba abajo, y el pueblo de Dios es liberado.

Se abren las tumbas, y “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua”. “Los que le traspasaron”, los que se mofaron de las agonías del Cristo moribundo, y los más violentos opositores de su verdad, son resucitados para observar el honor que se tributa a los leales y obedientes (Daniel 12:2; Apocalipsis 1:7).

Fieros relámpagos envuelven la Tierra en un círculo de fuego. Por en-

cima del trueno, voces misteriosas y terribles declaran la condenación de los depravados. Los que se mofaban y desafiaban, y se manifestaban crueles con los que observaban los mandamientos de Dios, ahora tiemblan de terror. Los demonios se conmueven, en tanto que los hombres claman por misericordia.

El Día del Señor – Dijo el profeta Isaías: “Aquel día arrojará el hombre a los topos y murciélagos sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que le hicieron para que adorase, y se meterá en las hendiduras de las rocas y en las cavernas de las peñas, por la presencia formidable de Jehová, y por el resplandor de su majestad, cuando se levante para castigar la tierra” (Isaías 2:20, 21).

Los que lo han sacrificado todo por Cristo están ahora seguros. Ante la vista del mundo y desafiando la muerte, han demostrado su fidelidad a aquel que murió por ellos. Sus rostros, hasta hace poco pálidos y macilentos, brillan ahora iluminados por la admiración. Sus voces se elevan en un cántico triunfante: “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar; aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza” (Salmo 46:1-3).

Mientras ascienden estas palabras de santa confianza ante Dios, la gloria de la ciudad celestial traspasa los portales abiertos. Luego aparece una mano en los cielos que sostiene dos tablas de piedra. Esa Ley santa, proclamada desde el Sinaí, ahora es revelada como la regla del Juicio. Las palabras son tan claras que todos pueden leerlas. Se despiertan los recuerdos. Se destierran de la mente la oscuridad de la superstición y la herejía. Es imposible describir el horror y la desesperación de aquellos que han pisoteado la Ley de Dios. Para obtener el favor del mundo, ellos anularon sus preceptos y enseñaron a otros a transgredirlos. Ahora son condenados por la Ley que han despreciado, y ven que están sin excusa. Los enemigos de la Ley de Dios tienen un nuevo concepto de la verdad y del deber. Ven, demasiado tarde, que el sábado es el sello del Dios vivo. Demasiado tarde ven el fundamento de arena sobre el cual han estado edificando. Han estado luchando contra Dios. Los maestros religiosos han conducido sus almas a la perdición, en tanto que profesaban guiarlos al paraíso. ¡Cuán grande es la res-

pensabilidad de los hombres que tienen un oficio sagrado, y cuán terribles los resultados de su infidelidad!

Aparece el Rey de reyes – Se oye la voz de Dios declarando el día y la hora de la venida de Jesús. El Israel de Dios escucha con los ojos elevados al cielo mientras su semblante resplandece con la gloria del Altísimo. Pronto aparece en el este una pequeña nube negra. Es la nube que rodea al Salvador. En medio de un silencio solemne, los hijos de Dios la miran con atención mientras se acerca, hasta que se convierte en una gran nube blanca, teniendo como base una gloria semejante a un fuego consumidor y, como corona, el arco iris del pacto. Jesús está sentado en ella como poderoso conquistador, no ya como “varón de dolores”. Lo asisten santos ángeles, una inmensa e innumerable multitud de ellos, “millones de millones, y millares de millares”. Todos los ojos observan al Príncipe de la vida. Una diadema de gloria descansa sobre su frente. Su semblante brilla más que el sol del mediodía. “Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES” (Apocalipsis 19:16).

El Rey de reyes desciende en la nube, envuelto en llamas de fuego. La Tierra tiembla delante de él. “Vendrá nuestro Dios, y no callará; fuego consumirá delante de él, y tempestad poderosa le rodeará. Convocará a los cielos de arriba, y a la tierra, para juzgar a su pueblo” (Salmo 50:3, 4).

“Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de Aquel este está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?” (Apocalipsis 6:15-17).

Cesan las burlas, callan los labios mentirosos. No se oye otra cosa que la voz de la oración y el sonido de la lamentación. Los malvados ruegan ser enterrados bajo las rocas antes que hacer frente al rostro de aquel a quien han traspasado. Conocen esa voz que penetra el oído de los muertos. ¡Cuán a menudo los ha llamado al arrepentimiento con tonos cariñosos! ¡Cuán a menudo fue oída en la invitación de un amigo, un hermano, un Redentor! Esa voz despierta los recuerdos de advertencias despreciadas y de invitaciones rechazadas.

Están también los que se mofaron de Cristo en su humillación. Él declaró: “Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo” (S. Mateo 26:64). Ahora lo contemplan en su gloria; todavía han de verlo sentado a la diestra del poder de Dios. Allí está el altivo Herodes, que se burló de su título real. Ahí están los hombres que colocaron sobre su frente la corona de espinas y en su mano el cetro burlesco, los que se arrodillaron delante de él con burlas blasfemas, los que escupieron en el rostro del Príncipe de la vida. Tratan de huir de su presencia. Los que atravesaron sus manos y sus pies con los clavos contemplan esas marcas con terror y remordimiento.

Con aterradora claridad, los sacerdotes y los gobernantes recuerdan los sucesos del Calvario y cómo, meneando sus cabezas con regocijo satánico, exclamaron: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar” (S. Mateo 27:42). Con un sonido más alto que el clamor de “¡Crucifícale, crucifícale!” que resonó por Jerusalén, se eleva el clamor de la desesperación: “¡Es el Hijo de Dios!” Tratan de huir de la presencia del Rey de reyes.

**Jesús está
sentado en ella
como poderoso
conquistador, no
ya como “varón de
dolores”.**

En la vida de todos los que rechazan la verdad hay momentos cuando la conciencia se despierta, cuando el alma es atacada por vanos remordimientos. Pero ¿qué son estas cosas comparadas con el remordimiento de aquel día! En medio del terror, oyen las voces de los santos que exclaman: “He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará” (Isaías 25:9).

La voz del Hijo de Dios llama a los santos que duermen. Por toda la Tierra, los muertos oirán esa voz, y los que la oigan vivirán. Formarán un gran ejército constituido por gente de toda nación, tribu, pueblo y lengua. Desde la cárcel de la muerte, salen revestidos de una gloria inmortal, exclamando: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Corintios 15:55).

Cada uno sale de la tumba teniendo la misma estatura que cuando en-

tró en ella. Pero todos se levantan con la frescura y el vigor de la juventud eterna. Cristo vino a restaurar lo que se había perdido. Él cambiará nuestros cuerpos viles y los transformará a la semejanza de su cuerpo glorioso. La forma mortal y corruptible, una vez mancillada por el pecado, llega a ser perfecta, hermosa e inmortal. Las manchas y las deformidades quedan en la tumba. Los redimidos crecerán hasta la estatura plena de la raza humana en su gloria primigenia, y los últimos rastros de la maldición del pecado son quitados. Los fieles de Cristo reflejarán en la mente y en el cuerpo la imagen perfecta de su Señor.

Los justos vivos son cambiados “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos”. A la voz de Dios, son hechos inmortales y, junto con los santos resucitados, son arrebatados para encontrar al Señor en el aire. Ángeles “juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (S. Mateo 24:31). Los niños pequeños son entregados en los brazos de sus madres. Amigos separados por largo tiempo por la muerte resultan reunidos, para no separarse más, y con cánticos de alegría ascienden juntos a la Ciudad de Dios.

En la Ciudad Santa – En medio de las multitudes incontables de los redimidos, toda mirada se fija en Jesús. Todo ojo contempla su gloria y ese rostro que fue desfigurado más que todo hombre, y ven su hermosura más que la de los hijos de los hombres (ver Isaías 52:14). Sobre las cabezas de los vencedores, Jesús coloca la corona de gloria. Para cada uno hay una corona que lleva su propio “nombre nuevo” (Apocalipsis 2:17) y la inscripción: “Santidad a Jehová”. En la mano de todos se coloca la palma de la victoria y el arpa brillante. Entonces, cuando el ángel director da la nota, todas las manos pulsan las cuerdas con hábiles dedos y prorrumpen en estrofas de rica melodía. Todas las voces se elevan en agradecida acción de gracias: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de siglos” (Apocalipsis 1:5, 6).

Ante las multitudes redimidas se eleva la Santa Ciudad. Jesús abre los portales, y las naciones que han guardado la verdad entran por ellos. Entonces, su voz se oye mientras proclama: “Venid, benditos de mi Padre, he-

redad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (S. Mateo 25:34). Jesús le presenta al Padre la compra hecha con su sangre, declarando: "He aquí, yo y los hijos que Dios me dio". "A los que me diste, yo los guardé" (Hebreos 2:13; S. Juan 17:12). ¡Oh, qué maravillosa es aquella hora cuando el Padre infinito, mirando a los redimidos, contemplará su imagen, con la mancha del pecado desterrada, y a los seres humanos otra vez restaurados a la armonía con la imagen divina!

El gozo del Salvador consiste en ver, en el reino de la gloria, a las almas salvadas por su agonía y su humillación. Los redimidos compartirán su gozo: contemplan a los que ganaron por sus oraciones, trabajos y sacrificio amante. Su corazón se verá lleno de alegría cuando vean que este ha ganado a otros; y estos, a otros más.

Los dos adanes se encuentran – Cuando los redimidos reciben la bienvenida en la Ciudad de Dios, un triunfante clamor rasga los aires. Están por encontrarse los dos Adanes. El Hijo de Dios ha de recibir al padre de nuestra raza, a quien creó, el que pecó, aquel por cuyo pecado existen las señales de la crucifixión en el cuerpo del Salvador. Cuando Adán descubre las marcas de los clavos, se arroja con humillación a los pies de Cristo. El Salvador lo levanta y le pide que de nuevo observe el hogar edénico del cual se había visto excluido por tanto tiempo.

La vida de Adán estuvo llena de dolor. Cada hoja que moría, cada víctima de un sacrificio, cada mancha que mancillaba la pureza del hombre, le era un recordativo del pecado. Terrible fue la agonía de remordimiento cuando hizo frente a los reproches que se le hacían por causa del pecado. Fielmente, se arrepintió de su pecado, y murió con la esperanza de la resurrección. Ahora, por la Expiación, Adán es restablecido.

Transportado de gozo, contempla los árboles que una vez fueron su delicia, cuyo fruto él mismo había recogido en los días de su inocencia. Ve, en las viñas que sus propias manos cuidaron, las mismas flores que una vez le gustó cuidar. ¡Esto es, en realidad, el Edén restaurado!

El Salvador lo conduce al árbol de la vida y le pide que coma de él. Observa una multitud de su familia redimida. Y entonces arroja su corona a los pies de Jesús y abraza al Redentor. Pulsa el arpa, y los ámbitos del cielo

repercuten con el eco de su cántico triunfal: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder” (Apocalipsis 5:12). La familia de Adán echa sus coronas a los pies del Salvador mientras se postra en adoración. Los ángeles lloraron cuando se produjo la caída de Adán y se regocijaron cuando Jesús abrió la tumba en favor de todos los que creyeran en su nombre. Ahora contemplan la obra de la redención realizada, y unen sus voces en alabanza.

Sobre el “mar de vidrio mezclado con fuego” se reúne el grupo de los que “habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre”. Los 144.000 fueron redimidos de entre los hombres, y ellos cantan un cántico nuevo, el cántico de Moisés y del Cordero (Apocalipsis 15:2, 3). Ninguno fuera de los 144.000 puede aprender ese canto, porque es el cántico de una experiencia que ningún otro grupo ha tenido jamás. “Éstos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va”. Estos, habiendo sido trasladados de entre los vivos, son las “primicias para Dios y para el Cordero” (Apocalipsis 14:4, 5). Pasaron por el tiempo de angustia tal como no lo hubo desde que existió la humanidad. Soportaron la angustia de Jacob; permanecieron en pie sin un Intercesor a través del derramamiento de los juicios de Dios. Ellos “han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero”; “en sus bocas no ha sido hallado engaño; están sin mácula” delante de Dios; “no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos” (Apocalipsis 7:14; 14:5; 7:16, 17).

Los redimidos en la gloria – En todas las edades, los escogidos del Salvador recorrieron sendas estrechas. Fueron purificados en el horno de la aflicción. Por causa de Cristo, soportaron el odio, la calumnia, la abnegación y amargos chascos. Conocieron el mal del pecado, su poder, su culpa, su desgracia; lo miraron con aborrecimiento. Un sentido del infinito sacrificio hecho para curarlos los humilla y llena su corazón de gratitud. Aman mucho porque les ha sido perdonado mucho (ver S. Lucas 7:47). Habiendo sido participantes de los sufrimientos de Cristo, están preparados para participar de su gloria.

Los herederos de Dios vienen de buhardillas, chozas, cárceles, cadalsos,

montañas, desiertos, cavernas. Fueron “pobres, angustiados, maltratados”. Millones descendieron a la tumba cargados de infamia porque rehusaron ceder a Satanás. Pero ahora ya no tienen ninguna aflicción, no están esparcidos ni oprimidos. Por lo tanto, se hallan revestidos de los mantos más ricos que los que usaron los hombres más honrados de la Tierra, coronados con las diademas más gloriosas que jamás se hayan colocado en la frente de los monarcas terrenales. El Rey de gloria ha limpiado las lágrimas de todos los rostros. Ellos prorrumpen en un cántico de alabanza claro, dulce y armonioso. Las antífonas resuenan en las bóvedas del cielo: “La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero”. Todos responden: “Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 7:10, 12).

En esta vida solo podemos comenzar a entender el tema maravilloso de la redención. Con nuestra comprensión finita, podemos considerar con el máximo fervor la vergüenza y la gloria, la vida y la muerte, la justicia y la misericordia que se encuentran en la cruz; sin embargo, ni aun con nuestros

más altos vuelos del pensamiento alcanzamos a abarcar su pleno significado. La longitud y la anchura, la profundidad y la altura del amor redentor se comprenden solo oscuramente. El plan de redención nunca será plenamente entendido, aunque los redimidos lleguen a ver como son vistos y lleguen a conocer como son conocidos; pero, a través de las edades eternas, nuevas verdades continuarán desenvolviéndose en la mente admirada y deleitada. Aunque las angustias, los dolores y las tentaciones de la Tierra han terminado y su causa ha sido suprimida, el pueblo de Dios siempre tendrá un conocimiento claro, inteligente, de lo que ha costado su salvación.

La Cruz será el canto de los redimidos por toda la eternidad. En el Cristo glorificado contemplarán al Cristo crucificado. Nunca se olvidará que la Majestad del cielo se humilló a sí mismo para levantar al hombre caí-

**La Cruz será
el canto de los
redimidos por toda
la eternidad.**

do, que él soportó la culpa y la vergüenza del pecado, y el ocultamiento del rostro de su Padre, hasta que las agonías de un mundo perdido quebrantaron su corazón y terminaron con su vida. El Hacedor de todos los mundos puso a un lado su gloria por amor al hombre: esto siempre excitará la admiración del universo. Cuando las naciones de los salvados contemplen a su Redentor y comprendan que de su reino no habrá fin, prorrumpirán en este cántico: “¡Digno, digno es el Cordero que fue inmolado, y nos ha redimido para Dios con su propia preciosísima sangre!”

El misterio de la cruz explica todos los misterios. Se verá que aquel que es infinito en sabiduría no podía idear otro plan para nuestra salvación fuera del sacrificio de su Hijo. La compensación por este sacrificio es el gozo que tendrá de poblar la Tierra con seres redimidos, santos, felices e inmortales. Tan grande es el valor del alma que el Padre está satisfecho con el precio pagado. Y Cristo mismo, contemplando los frutos de su gran sacrificio, también está satisfecho.

11

La victoria del amor

Al final de los mil años, Cristo regresa a la Tierra acompañado por los redimidos y una comitiva de ángeles. Él pide a los impíos que se levanten para recibir su castigo. Ellos obedecen, en número tan incontable como las arenas del mar; mostrando las huellas de la enfermedad y la muerte. ¡Qué contraste con los que fueron levantados en la primera resurrección!

Todas las miradas se concentran en la gloria del Hijo de Dios. A una voz, la hueste de los impíos exclama: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!” (S. Mateo 23:39). No es el amor lo que los inspira a proferir esta exclamación, sino que es la fuerza de la verdad la que los obliga a pronunciar estas palabras con labios reticentes. Los impíos salen de sus tumbas con la misma enemistad hacia Cristo y con el mismo espíritu de rebelión con que bajaron a ellas. No han de tener una nueva oportunidad para remediar su vida pasada.

Dice el profeta: “Se afirmarán sus pies en aquel día sobre el Monte de los Olivos... y el Monte de los Olivos se partirá por en medio” (Zacarías 14:4). Cuando la nueva Jerusalén baja del cielo, descansa en el lugar preparado, y Cristo, junto con su pueblo y los ángeles, entran en la Santa Ciudad.

Mientras estaba privado de realizar su obra de engaño, el príncipe del mal se sentía miserable y abatido. Pero, cuando los muertos impíos son resucitados, y él ve a las vastas multitudes a su lado, sus esperanzas reviven. Resuelve no ceder en el gran conflicto: comandará a los perdidos reuniéndolos bajo su estandarte. Al rechazar a Cristo, han aceptado la dirección del jefe rebelde, y están listos para obedecerle. Sin embargo, consecuente con su engaño anterior, no se

manifiesta como Satanás. Declara ser el dueño legal del mundo, cuya herencia le ha sido injustamente arrebatada. Se presenta como un redentor; asegurando a sus engañados súbditos que es su poder el que los ha levantado de la tumba. Satanás da fuerzas a los débiles, e inspira a todos con su propia energía, para conducirlos con el fin de tomar posesión de la Ciudad de Dios. Señala los innumerables millones que han sido levantados de entre los muertos y declara que, como dirigente de ellos, es capaz de reconquistar su trono y su dominio.

En la vasta multitud se halla la raza longeva que existió antes del diluvio, hombres de gloriosa estatura y de gigantesco intelecto; hombres cuyas obras maravillosas indujeron al mundo a idolatrar su genio, pero cuya crueldad e inventos malignos hicieron que Dios los eliminara de su creación. Hay reyes y generales que nunca perdieron una batalla. En la muerte, no experimentaron ningún cambio. Al salir de la tumba, están impulsados por el mismo deseo de conquista que los dominó cuando cayeron.

El asalto final contra Dios – Satanás consulta con estos hombres poderosos. Ellos declaran que el ejército que está dentro de la ciudad es pequeño en comparación con el que ellos dirigen y que, por lo tanto, pueden vencer. Hábiles artesanos construyen implementos de guerra. Dirigentes militares organizan a los hombres en compañías y divisiones.

Por fin se da la orden de ataque, y la hueste innumerable avanza, como ejército que no puede ser igualado ni por todas las fuerzas de todos los tiempos. Satanás conduce la vanguardia, y reyes y guerreros lo acompañan. Con precisión militar, las columnas cerradas avanzan sobre la quebrada superficie de la Tierra hacia la ciudad de Dios. Jesús ordena cerrar las puertas de la Nueva Jerusalén, y los ejércitos de Satanás se alistan para el ataque.

Ahora Cristo aparece a la vista de sus enemigos. Muy por encima de la ciudad, sobre un fundamento de oro bruñido, se halla su trono. Sobre este trono se sienta el Hijo de Dios, y en torno a él están los súbditos de su reino. La gloria del Padre eterno circunda a su Hijo. El fulgor de su presencia irradia atravesando las puertas, inundando la Tierra de claridad.

Cerca del Trono se hallan aquellos que una vez fueron celosos en la causa de Satanás pero que, arrebatados como tizones ardientes, han seguido a su Salvador con intensa devoción. Próximos a ellos están los que han perfeccionado

sus caracteres en medio de la falsedad y la infidelidad, los que honraron la Ley de Dios cuando el mundo la declaraba abolida, y los millones, de todas las edades, que fueron martirizados por su fe. Más allá sigue la “gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas... delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos” (Apocalipsis 7:9). Su lucha ha terminado, la victoria está ganada. La palma es un símbolo de triunfo; el manto blanco, un emblema de la justicia de Cristo, que ahora les pertenece.

En toda esa multitud no existe nadie que se atribuya la salvación a sí mismo sobre la base de su bondad. Nada se dice de lo que han sufrido; la nota tónica de todos sus cánticos es: Salvación a nuestro Dios y al Cordero.

La sentencia es pronunciada contra los rebeldes – En presencia de los habitantes reunidos de la Tierra y del cielo, ocurre la coronación del Hijo de Dios. Y ahora, investido de suprema majestad y poder, el Rey de reyes pronuncia la sentencia sobre los rebeldes que han transgredido su Ley y oprimido a su pueblo. “Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras” (Apocalipsis 20:11, 12).

Cuando la mirada de Jesús se fija en los impíos, estos se hallan conscientes de todo pecado que cometieron alguna vez. Ven sus propios pies apartarse de la senda de la santidad, las tentaciones seductoras que aceptaron por su complacencia con el pecado, los mensajeros de Dios despreciados, las amonestaciones desoídas, las olas de misericordia rechazadas por un corazón obstinado y endurecido; todo aparece como si estuviera escrito con letras de fuego.

Por encima del Trono se revela la cruz. Como en visión panorámica, aparecen las escenas de la caída de Adán y los pasos sucesivos en el plan de la redención. El nacimiento humilde del Salvador; su vida de sencillez; su bautismo en el Jordán; su ayuno y tentación en el desierto; su ministerio para presentar ante los hombres las bendiciones del Cielo; los días llenos de obras de misericordia; las noches de oración en la montaña; las maquinaciones llenas de envidia y de malicia con que fueron pagados sus beneficios; la agonía misteriosa

en el Getsemaní bajo el peso de los pecados del mundo; su traición por parte de la turba asesina; los sucesos de la noche de horror —el preso voluntario abandonado por sus discípulos, juzgado en el palacio del sumo sacerdote, en la corte de juicio de Pilato, ante el cobarde Herodes, burlado, insultado, torturado y condenado a morir—; todas estas cosas resultan vívidamente presentadas.

Y luego, ante las multitudes inquietas, se revelan las escenas finales: el paciente Salvador recorriendo el camino del Calvario; el Príncipe del Cielo colgado en la cruz; los sacerdotes y los rabinos mofándose de su agonía moribunda; la oscuridad sobrenatural que señaló el momento cuando el Redentor del mundo deponía su vida.

El espectáculo horrible aparece tal como es. Satanás y sus súbditos no tienen poder para dejar de observar la escena. Cada actor recuerda la parte que él realizó. Herodes, que dio muerte a los niños inocentes de Belén; la vil Herodías, sobre cuya alma descansa la sangre de Juan el Bautista; el débil Pilato, esclavo de las circunstancias; los soldados burladores; la turba enloquecida que exclamaba: “¡Recaiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos!”; todos tratan en vano de esconderse de la majestad divina de su rostro, mientras los redimidos arrojan sus coronas a los pies del Salvador, exclamando: “¡Él murió por mí!”

Allí está Nerón, monstruo lleno de crueldad y vicios, contemplando la exaltación de aquellos a quienes torturó y cuyas angustias le produjeron satánica delicia. Su madre presencia la propia obra que ella realizó, y cómo las pasiones estimuladas por su influencia y su ejemplo han dado como fruto crímenes que han horrorizado al mundo.

Hay sacerdotes y prelados papistas que pretendieron ser embajadores de Cristo y, sin embargo, emplearon el potro, el calabozo y el cadalso para dominar al pueblo de Dios. Allí están los orgullosos pontífices que se exaltaron por encima de Dios y pensaron poder cambiar la Ley del Altísimo. Esos pretendidos padres tienen una cuenta que rendir delante de Dios. Demasiado tarde ven ahora que el Omnipotente es celoso de su Ley. Se dan cuenta ahora de que Cristo identifica sus intereses con su pueblo sufriente. Todo el mundo impío se halla en juicio, acusado de alta traición contra el gobierno de Dios. No tienen ningún argumento para defender su causa; no tienen ninguna excusa; y la sentencia de la muerte eterna se pronuncia contra ellos.

Los impíos ven lo que han perdido por su rebelión. “Todo esto —exclama

el alma perdida— yo lo habría podido obtener. ¡Oh, extraña infatuación! He cambiado la paz, la felicidad y el honor por la miseria, la infamia y la desesperación”. Todos ven que su exclusión del cielo es justa. Mediante su vida, han declarado: “No queremos que este Jesús reine sobre nosotros”.

Satanás, derrotado – Como fascinados, los malvados observan la coronación del Hijo de Dios. Ven en sus manos las tablas de la Ley divina que ellos han despreciado. Presencian el clamor de la adoración proveniente de los salvados; y, cuando las olas de melodías repercuten por encima de las multitudes que están fuera de la ciudad, todos exclaman: “Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todo-poderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos” (Apocalipsis 15:3).

Y postrándose, adoran al Príncipe de la vida. Satanás parece paralizado. Habiendo sido una vez el querubín cubridor, recuerda de dónde ha caído. Está para siempre excluido del concilio en donde una vez fue honrado. Ve ahora a otro junto al Padre, un ángel de majestuosa presencia. Él sabe que la exaltada posición de ese ángel debería haber sido suya.

Recuerda el hogar de su inocencia, la paz y el contento de que disfrutó hasta su rebelión. Pasa en revista su obra entre los hombres y sus resultados: la enemistad del hombre contra su prójimo, la terrible destrucción de vidas, el derrocamiento de tronos, los tumultos, los conflictos y las revoluciones. Recuerda sus constantes esfuerzos para oponerse a la obra de Cristo. Al mirar el fruto de su trabajo, ve solamente fracaso. Una y otra vez en el proceso del gran conflicto, él fue derrotado y obligado a rendirse.

El blanco del gran rebelde ha sido siempre probar que el gobierno divino era responsable por la rebelión. Él ha inducido a vastas multitudes a aceptar su versión. Durante miles de años, este archiconspirador ha tramado falsear la verdad. Pero ahora ha llegado el tiempo cuando la historia y el carácter de Satanás han de ser descubiertos. En su último esfuerzo por destronar a Cristo, destruir a su pueblo y tomar posesión de la Ciudad de Dios, el archirrebelde ha sido totalmen-

Los redimidos arrojan sus coronas a los pies del Salvador, exclamando: “¡Él murió por mí!”

te desenmascarado. Los que se ha unido con él ven el fracaso total de su causa.

Satanás observa que su rebelión voluntaria lo ha descalificado para el cielo. Él ha desarrollado sus facultades para luchar contra Dios; la pureza y la armonía del cielo serían para él, ahora, suprema tortura. Se postra en ese momento y confiesa la justicia de su sentencia.

Ahora está aclarada toda pregunta respecto de la verdad y el error en el milenarismo conflicto. Los resultados de anular los estatutos divinos han sido abiertos a la vista del universo entero. La historia del pecado será, por toda la eternidad, un testigo de que la Ley de Dios conduce a la felicidad de todos los seres que él ha creado. El universo entero, leales y rebeldes, en acorde unánime, declara: “Justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los santos”.

Ha llegado la hora cuando Cristo es glorificado por encima de todo nombre que es nombrado. Por el gozo que le fue propuesto –el que pudiera traer a muchas almas a la gloria–, él soportó la cruz. Mira a los redimidos, renovados a su propia imagen. Contempla en ellos el resultado del trabajo de su alma, y está satisfecho (ver Isaías 53:11). Con una voz que alcanza a todas las multitudes, a los justos y a los impíos, él declara: “¡He ahí la compra de mi sangre! Por ellos he sufrido, por ellos he muerto”.

Muerte violenta de los impíos – El carácter de Satanás permanece sin cambiar. La rebelión, como poderoso torrente, surge de nuevo. Él determina no ceder en la última lucha desesperada contra el Rey del cielo. Pero, de todos los incontables millones que él ha seducido en la rebelión, nadie reconoce ahora su supremacía. Los impíos están llenos del mismo odio hacia Dios que inspira Satanás, pero ven que su caso es desesperado. “Por cuanto has puesto tu corazón como corazón de Dios, por tanto, he aquí que voy a traer contra ti extraños, los terribles de las naciones; y ellos desenvainarán sus espadas contra tu hermosa sabiduría, y profanarán tu esplendor. Al hoyo te harán descender... Te destruyo, ¡oh querubín que cubres con tus alas!, y te echo de en medio de las piedras de fuego... Te echo a tierra; te pongo delante de reyes, para que te miren... te torno en ceniza sobre la tierra, ante los ojos de todos los que te ven... serás ruinas, y no existirás más para siempre” (Ezequiel 28:6-8, 16-19, VM).

“Jehová está airado contra todas las naciones”. “Sobre los malos hará llover calamidades; fuego, azufre y viento abrasador será la porción del cáliz de ellos”

(Isaías 34:2; Salmo 11:6). Desciende fuego de Dios desde el cielo. La Tierra es quebrantada. Llamas devoradoras surgen por todas partes de grietas amenazantes. Las mismas rocas están en llamas. Los elementos se funden con el intenso calor, y también la Tierra, y las obras que en ellas están son quemadas (ver 2 S. Pedro 3:10). La superficie de la Tierra parece una masa derretida: un inmenso lago de fuego hirviendo. “Es día de venganza de Jehová, año de retribuciones en el pleito de Sion” (Isaías 34:8).

Los impíos son castigados de acuerdo con sus obras. A Satanás se lo hace sufrir no solamente por su propia rebelión, sino también por todos los pecados que ha hecho cometer al pueblo de Dios. En las llamas, los impíos son por fin destruidos, raíz y rama: Satanás, la raíz; sus seguidores, las ramas. La completa penalidad de la Ley se ha pagado; las demandas de la justicia se han cumplido. La obra satánica de ruina ha terminado para siempre. Ahora las criaturas de Dios son liberadas para siempre de sus tentaciones.

Mientras la Tierra se halla envuelta en fuego, los justos moran con seguridad en la Ciudad Santa. En tanto que Dios es fuego consumidor para el malvado, es un escudo para su pueblo (ver Apocalipsis 20:6; Salmo 84:11).

“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron” (Apocalipsis 21:1). El fuego que consume a los malos purifica la Tierra. Desaparece todo resto de maldición. Ningún infierno que arda perpetuamente recordará a los redimidos las terribles consecuencias del pecado.

Recordativos de la crucifixión – Permanece un solo recordativo: nuestro Redentor llevará para siempre las marcas de la crucifixión, los únicos rastros de la obra cruel hecha por el pecado. Durante las edades eternas, las cicatrices del Calvario mostrarán su alabanza y declararán su poder.

Cristo les aseguró a sus discípulos que él iba a preparar mansiones para ellos en la casa del Padre. El lenguaje humano es inadecuado para describir la recompensa de los justos. La conocerán solamente los que la contemplan. ¡Ninguna mente finita puede comprender la gloria del paraíso de Dios!

En la Biblia se da el nombre de patria a la herencia de los salvados (ver Hebreos 11:14-16). Allí, el Pastor del cielo conduce a su rebaño a fuentes de aguas vivas. Allí hay corrientes que fluyen eternamente, claras como el cristal, y sobre sus márgenes se mecen árboles que arrojan su sombra sobre los senderos

preparados para los redimidos del Señor. Amplias llanuras alternan con colinas de belleza, y las montañas de Dios elevan sus cumbres majestuosas. En esa pacífica llanura, junto a estas corrientes vivas, los hijos de Dios, por tanto tiempo peregrinos y advenedizos, encontrarán su patria.

“Edificarán casa, y morarán en ellas; plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas. No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma... mis escogidos disfrutarán la obra de sus manos”. Allí “se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa”. “Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará... y un niño los pastoreará... No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte” (Isaías 65:21, 22; 35:1; 11:6, 9).

El dolor no puede existir en el cielo. No habrá más lágrimas, ni cortejos fúnebres. “Ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”. “No dirá el morador: estoy enfermo; al pueblo que more en ella le será perdonada la iniquidad” (Apocalipsis 21:4; Isaías 33:24).

Allí está la Nueva Jerusalén, la metrópoli de la Tierra Nueva glorificada. “Su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspé, diáfana como el cristal... Las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella... He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Apocalipsis 21:11, 24, 3).

En la Ciudad de Dios “no habrá... más noche” (Apocalipsis 22:5). No habrá cansancio. Siempre sentiremos la frescura de la mañana, la cual nunca llegará a su fin. La luz del sol será sobrepasada por un fulgor que, sin deslumbrar la vista, superará en forma inmensurable a la claridad del mediodía. Los redimidos caminarán en la gloria del día eterno.

“No vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero” (Apocalipsis 21:22). El pueblo de Dios tiene el privilegio de mantener una comunión abierta con el Padre y con el Hijo. Ahora contemplamos la imagen de Dios como en un espejo, pero entonces lo veremos cara a cara, sin ningún velo que lo oculte.

El triunfo del amor de Dios – Allí, el amor y la simpatía que Dios mismo ha implantado en el alma encontrarán su expresión más genuina y más dulce. La comunión pura con los seres santos y los fieles de todas las edades,

los lazos sagrados que unen a toda la “familia en los cielos y en la tierra” (Efesios 3:15); esto ayudará a construir la felicidad de los redimidos.

Allí, mentes inmortales contemplarán con delicia incesante las maravillas del poder creador, los misterios del amor redentor. Toda facultad será desarrollada; toda capacidad, acrecentada. La adquisición de conocimientos no abrumará las energías. Las mayores empresas se llevarán a cabo, las más altas aspiraciones se alcanzarán, las más elevadas ambiciones se realizarán. Y aún surgirán nuevas alturas que alcanzar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos objetos que desafiarán las facultades de la mente, del alma y del cuerpo.

Todos los tesoros del universo estarán abiertos a los redimidos de Dios. Libres de la mortalidad, emprenden un vuelo incansable hacia los mundos lejanos. Los hijos de la Tierra entran en el gozo y la sabiduría de los seres no caídos, y comparten los tesoros de conocimiento obtenidos a través de muchas edades. Con visión clarísima, contemplan la gloria de la creación: soles, estrellas y sistemas, todos marchando en el orden señalado en torno al Trono de la Deidad.

Y, a medida que los años de la eternidad transcurran, traerán nuevas y más gloriosas revelaciones de Dios y de Cristo. Cuanto más conozcan los hombres acerca de Dios, mayor será su admiración por su carácter. Cuando Jesús abra delante de ellos las riquezas de la redención y les revele los hechos asombrosos del gran conflicto con Satanás, el corazón de los redimidos se estremecerá con devoción, y miles y miles de voces se unirán para engrosar el majestuoso coro de alabanza.

“Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 5:13).

El gran conflicto ha terminado. Ya no existen ni pecado ni pecadores. El universo entero está limpio. Una sola pulsación de armonía y alegría late en la vasta creación. De aquel que lo creó todo fluyen vida y luz y alegría que recorren los espacios ilimitados. Desde el átomo más insignificante hasta el mayor de los mundos, todas las cosas animadas e inanimadas, con su belleza sin mácula y con gozo perfecto, declaran que Dios es amor.

Si, al leer esta obra, usted quisiera:

- Obtener más información sobre su contenido
- Recibir orientación espiritual
- Obtener un ejemplar de la Santa Biblia y una guía temática
- Que se ore por sus necesidades

Contáctese con nosotros por cualquiera de los siguientes medios:

SITIOS WEB:

www.esperanzaweb.com
www.estudielabiblia.com
www.lafedejesus.org
www.adventistas.org.ar
www.nuevotiempo.org

CONTACTO:

0800-555-0201
esperanza@adventistas.org.ar

CASILLA DE CORREO:

2020 - CP 1000 - Buenos Aires

DIRECCIONES POSTALES:

Buenos Aires: Uriarte 2429, C1425FNI Ciudad Autónoma de Buenos Aires, (011) 4774-3994

Córdoba: Av. Sabattini 1662, B° Maipú, X5014ATV Córdoba, (0351) 554-4000

Río Negro: Ruta 22 c/ Mendoza, 8332 General Roca, (02941) 427-632 (0291) 454-0692

Corrientes: México 830, B° Yapeyú, W3402DTR Corrientes, (03783) 426-367

Tucumán: Av. Mate de Luna 2399, T4000CPK San Miguel de Tucumán, (0381) 433-0281

Nuestro lugar de reunión más cercano a su domicilio:



IGLESIA ADVENTISTA DEL SÉPTIMO DÍA